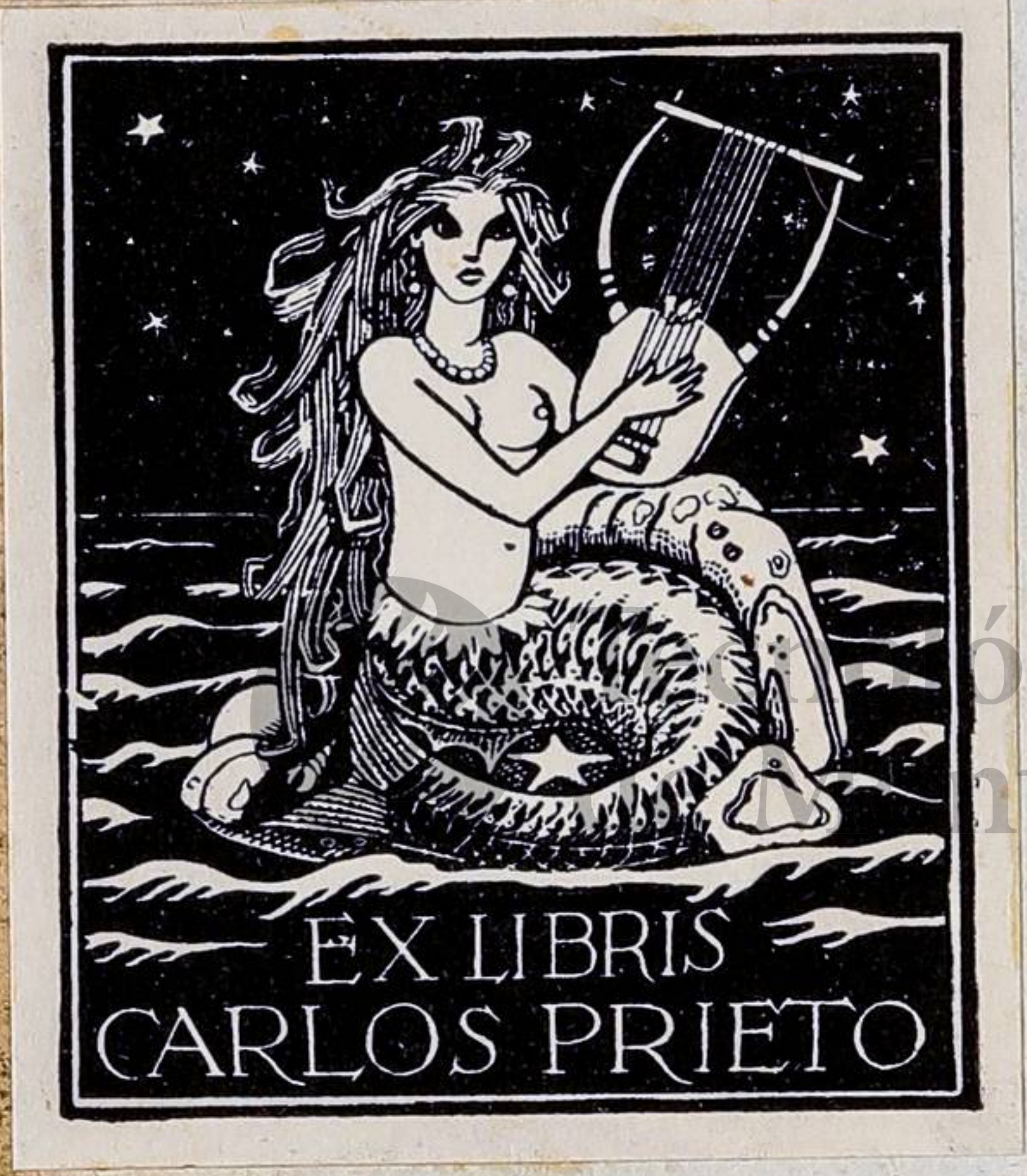




BIBLIOTECA ESCOGIDA
DE
NICOLAS T. BOSQUE.
—o—o—o—
OBRAS DEL ESPIRITU HUMANO LIBRE.
Núm. Volúm. núm.
Precio \$ es.
—o—o—o—o—o—
Guadalajara.
1878.



ógico
nterrey



Tecnológico
de Monterrey

0



Tecnológico
de Monterrey

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

PRIMERA EDICION MEJICANA.

Tecnológico
de Monterrey

Vertical text on the left edge of the page, possibly a library or collection number.



Tecnológico
de Monterrey

OPUSCULO ORIGINAL DE

DE LA MEXICANA

PRIMERA EDICION MEXICANA

EL INGEN
DON C
DE L
INTEL DE
DETA EDICION
DETA EDICION
1772. ALGUNAS
DETA, SE TAY LA
DETA DEL PER

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRIMERA EDICION MEJICANA, CONFORME A LA DE
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, HECHA EN MADRID
EN 1782. ADEMÁS DEL ANALISIS DE DICHA ACA-
DEMIA, SE HAN AÑADIDO LAS NOTAS CRÍTICAS Y
CURIOSAS DEL SEÑOR PELLICER, CON HERMOSAS
LAMINAS.



PARTE PRIMERA.

TOMO II.

EN MÉJICO,

POR MARIANO AREVALO, CALLE DE CADENA N.º 2.

1833.

1000

EL INGENIOSO HIPOLITO

e.p.

8633 DON QUOTE

e4197

20 DE LA MALICIA

1833

COMPUERTO V.2

FOR

INVENTE DE CERVANTES SAVALDIA



Tecnológico de Monterrey

PRIMERA EDICION MEXICANA, COMPRENDE A LA DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA, HECHA EN MADRID EN 1782. ADEMAS DE LAS PALABRAS Y NOTAS CRITICAS Y BEMIA, SE HAN AÑADIDO LAS NOTAS CRITICAS Y CURIOSAS DEL SEÑOR PELLICER, CON HERMOSAS PLANCHAS.



PARTE PRIMERA.

TOMO II.

EN MEXICO,

POR MARIANO ARVATO, CALLE DE CADENA N.º 5.

1833.

Nicolas D. Rosque.

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.



CAPITULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna. Mas no hubieron andado doscientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alogróles el ruido en gran mane-

ra, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crugir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel, para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia, y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las

mas claras que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna (1), y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos: las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo (2), y á decirle: Señor, yo no

(1) Alusion al rio Nilo que, naciendo en la alta Etiopia en el monte de la luna, segun se creia antiguamente (*Ptolomeo: Geograph. lib. IV al fin*), se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas, ó cascadas.

(2) En este paso, como en otro muchos, imitó Don Quijote á Amadis de Gaula, que, disponiéndose para la empresa de la altísima peña de la Doncella Encantada,

sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes; cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que: *quien busca el peligro perece en él*: así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á

dijo á Grasindor: *Yo quiero subir en esta roca..... y vos ruego que me aguardéis aquí hasta mañana en la noche, que yo podré venir, ó faceros señal desde arriba como me va: y si en este comedio, al tercero dia no tornare, podréis creer que mi hacienda no va bien.* Cuando la aventura del Endriago (que era un hombre monstruoso, que tenia el diablo en el cuerpo, y despoblada la *Insula* llamada *del Diablo* por hacer en ella su residencia) entrando Amadis en un valle de una enriscada montaña y peñas de muchas concavidades, dijo á su escudero: *Da voces, Gandalin, porque por ellas podrá ser que el Endriago á nosotros acudirá: é ruégote mucho que, si aquí muriere, procureis de llevar á mi señora Oriana mi corazon.* Cuando Gandalin esto oyó, no solamente dió voces, mas mesando sus cabellos, llorando dió grandes gritos, deseando su muerte ántes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba. (Historia de Amadis: lib. 3 cap. 73 y lib. 4 cap. 130).

quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra, y dejé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Díos, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo (1). ¡Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no pa-

(1) La constelacion, llamada por los astrónomos *Ursa minor*, y por los pastores *Bocina*, ó *Carro menor*, consta de ocho estrellas, inclusa la del norte ó polar. Al rededor de esta voltean las otras siete, que forman la figura de la bocina, cuerno ó colodrillo. Para conocer la hora se figura una cruz, con su cabeza, pié, y brazos izquierdo y derecho, y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura tambien cualquier hombre extendiendo los brazos. En ella se suponen cuatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En agosto, que es quando parece sucedió esta aventura, está la boca de la bocina encima de la cabeza de la cruz, haciendo algo mas de la media noche en su brazo izquierdo: de modo que desde entonces á la alba faltan como unas tres horas.

rece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió Don Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacerlo que debia á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante de manera, que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar, y espolear, y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quijote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podia mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse, y esperar ó á que ama-

neciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y así le dijo: Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¡A qué llamas apearse, ó á qué dormir? dijo Don Quijote: ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algun cuento para entrenarle como se lo habia prometido. A lo cual dijo Sancho que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia que, si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo.

Erase que se era, el bien que viniere para to.

dos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar. Y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino, romano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar* (1), que viene aquí como anillo al dedo para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, y del camino que hemos de seguir, déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora llamada

(1) Esta erudicion escede la capacidad de Sancho, que como buen prevaricador de palabras llamó *Zonzorino* á Caton Censorino. Rodrigo Caro (*Dias geniales: dial. V* §. 3.) dice tambien que los muchachos y la gente rústica empezaban los cuentos con esta entradilla: *Erase lo que era: el mal que se vaya, el bien que se venga: el mal para los moros: el bien para nosotros;* y añade que en esto imitaban el dicho de Plutarco (in *Symposio* 6):

Buium foras, intro divitias et sanitatem.

Esto es:

El mal vaya fuera, y vengan adentro la salud y el dinero.

Y á Quinto Sereno Samonico:

Sed fortuna potens omen convertat in hostes.

Esto es:

Pero la fortuna poderosa convierta el mal agüero contra las enemigos (los moros).

Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. . . . Si desamano cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dílo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dijo Don Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo. Así que yendo dias y viniendo dias, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales, que pasaban de la raya, y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesan jamas. La Torralba, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa

es condicion natural de mugeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los reinos de Portugal. La Torralba que lo supo se fué tras él, y seguiale á pié y descalza desde léjos con un bordon en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo, y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas (1) para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo: solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralba venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lagrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una

(1) Colores postizos con que las mugeres se pintan las caras, cuyo vicio era todavia mas comun en el siglo pasado que ahora. Y decia una seguidilla, que llamaban de eco, de las inventadas en tiempo de Cervántes:

A porfia se juntan

Todas las damas,

A porfia se juntan, untan

Todas las caras.

(Gonzalo Correias: *Gramática castellana*. Biblioteca real: est. V. cod. 262 f. 160).

cabra; y con todo esto le habló, y concertó con él que le pasase á él á trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó á volver, y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél. Sigo pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote, no andes yendo y viniendo desá manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió Don Quijote. He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió Don Quijote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento 6

historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras (1). Acabe norabue-

(1) Este cuento no es á la verdad original de Cervantes, pues aunque le varió y mejoró tanto, que le hizo suyo, tomó la sustancia de otro que se lee en *Le Cento Novelle antike*, que se hallan al fin de *Centio Novelle scelte* publicadas en Venecia año de 1571. Dice pues así la novela XXXI traducida del italiano en nuestra lengua: „Tenia el señor Azzolino un fabulador para que le contase cuentos en las noches largas del hibierno. Sucedió que una noche tenia este cuentista una gana extraordinaria de dormir, y el señor Azzolino le instaba que le refriese alguna historieta. Y él empezó á referir la de un aldeano que, teniendo cien monedas de oro, fué á una feria á comprar cerdos, en la cual le dieron dos por cada moneda. Al volver con el ganado á casa, como hubiese crecido mucho el rio con las lluvias, llegó á su orilla, y vió á un pobre pescador que tenia un barco tan pequeño, que no cabia en él sino el aldeano y un cerdo. Empezó pues el aldeano á pasar con un cerdo solo. El rio era ancho; y el aldeano iba tirando el barco, y pasando. El señor Azzolino le dijo: Pasad adelante con el cuento. Y él respondió: Dejad que pasen los cerdos, y despues le proseguiré: y supuesto que no pasarán en un año, podemos entretanto dormir á nuestro sabor.” El licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda trata de *frio y necio* el cuento referido por Cervantes (*cap. XXI p. 151*), y en competencia cuenta él otro por boca tambien de su Sancho de una multitud de gansos, que tardaron no ménos que dos años en pasar uno á uno por una puente muy angosta; pero lo

na donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible; y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza, con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado,

cuenta con poca gracia, con ménos agudeza, y con su estilo trivial y desaliñado. Sin embargo dice que lo hace para que se conozca la diferencia del uno al otro, y solo consigue que se conozca lo mucho que ciega el amor propio á algunos patrañeros.

que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quijote, y dijo: ¡Qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado; mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho; ¡mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca huelen, y no á ámbar, respondió Don Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote, (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche

amo y mozo; mas viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues Don Quijote, que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dejarle has-

ta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia, que debia de ser bien nacido, y por lo ménos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pié llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas: y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horri-

sono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho, que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y mas cuando le oyó decir, como por modo de fisga: Has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones, que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus

burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sonos, y saber cuales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta: ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo ménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la ca-

beza, y dándome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: Ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas, ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas, y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco: mia, en que no me dejas estimar en mas: sí que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues qué dirémos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en

adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir. No creo yo, respondió Don Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro, que de aquí adelante no despliegue mis lábios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó Don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho, y le dijo: Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Dígolo porque si anoche nos cerró la aventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta ventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno, que trae en su cabeza

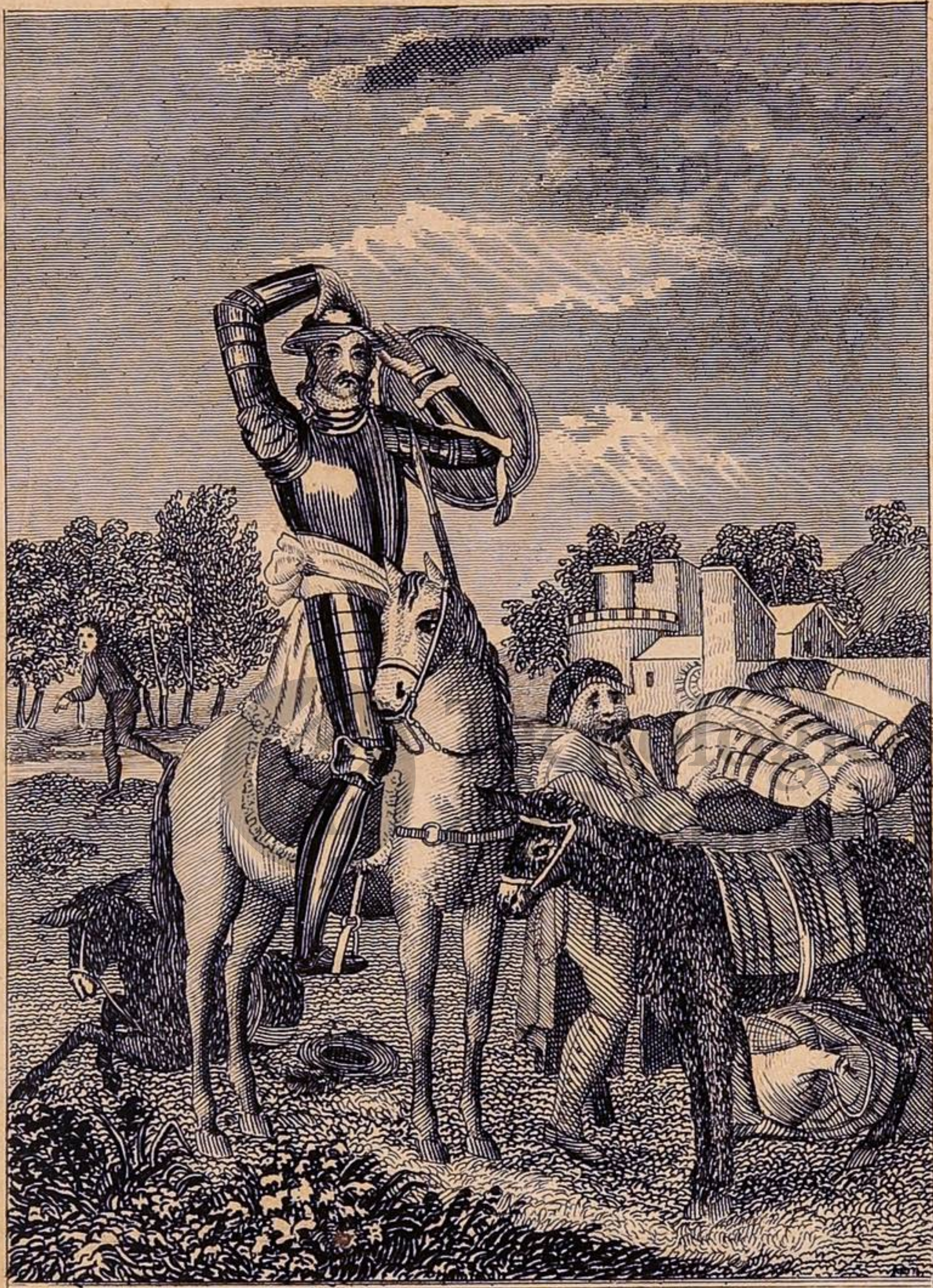
puesto el yelmo de Mambrino (1) sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó Don Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho; mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera, que se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote: dime ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbrá. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, conclu-

(1) Yelmo encantado, que hizo invulnerable al rey moro Mambrino que le usaba: y así Gradaso, rey tambien de moros, sarracenos ó paganos, tampoco pudo matar á Reináldos que le llevaba puesto, y se le habia quitado á Mambrino, como dice Mateo Boyardo (*Orlando Enamorado*: lib. I. cant 4.) segun la traduccion de Francisco Garrido de Villena:

„.....El fuerte Sarracino
 Con gran furia le dió un golpe de espada.
 E cae amortescido el Paladino,
 Que jamas recibió tan gran porrada:
 Por el yelmo encantado de Mambrino
 Tuve esta vez la vida asegurada.”

yo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, tor- no á decir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo Don Quijote, que voto....y no digo mas, que os ba- tanée el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que le habia echa- do redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que Don Quijote veia, era esto, que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, sí, y así el barbero del mayor ser- via al menor, en el cual tuvo necesidad un en- fermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia, comenzó á llover, y porque no se le man- chase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: venia so- bre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y el yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas ca- ballerías y mal andantes pensamientos: y cuan- do él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, lle- vando intencion de pasarle de parte á parte: mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de

su carrera, le dijo: Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensar lo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello, por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos, dijo: Por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo: Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es, que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vino á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote. Rióme respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino Sancho? que esta famosa pieza deste encan-





Tecnológico
de Monterrey

tado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo y forjó el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebage, que me hizo vomitar las azaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie. De lo de ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos,

y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué, y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los Griegos por la robada Elena: la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes, y dijo Sancho: Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras; pero yo sé de qué calidad fueron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced, qué harémos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa y cogió las (1) de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en

(1) Esto es: las calzas.

la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber, si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron (1), bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habian puesto, y cortada la cólera y aun la malenconía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso (2), que

(1) Metáfora tomada de los soldados, que despojan el real ó campo de los enemigos, donde suelen hallar abundancia de provisiones.

(2) Como Roldan, que se fué á mas andar por donde

se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él, á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando, dijo Sancho á su amo: Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograra. Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso, si es largo. Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado, cuan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto

el caballo le llevaba (Espejo de Caballerias: lib. 2. cap. 38.); y como el caballero del Febo, que dejó la rienda al caballo, para que guiase á la parte, que mas su voluntad quisiese. (P. II. lib. I. cap. 4.)

del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal que cuando se fuere á la corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras: y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeén dando voces, diciendo: Este es el caballero del Sol (1), ó de la Serpiente (2), ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años: así que

(1) Llamado así, porque traia en el escudo un sol figurado con rayos resplandecientes. Introdúcese en Palmerin de Oliva. (Cap. 43.)

(2) En la edicion primera de 1605 se dice en la *Sierpe*. Enmendólo el autor en la del año de 1608, porque quiso aludir á Esplandian, llamado el *Caballero de la Serpiente*, como se ve en los cap. 147 y 148. *Hago saber*, dice Radian, á tí el *Caballero Serpentino*, que la *fusta de la gran Serpiente mandas y señoreas &c.*

de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea, sus (1), salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro (2), y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierta de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana: y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien

(1) Interjección ya desusada, que viene del adverbio *sursum*: arriba.

(2) Así como lo hizo el rey Lisuarte con el doncel *Esplandian*, que le tomó por la cabeza, y llególe á sí, y besóle en la faz. (*Amadis de Gaula*: cap. 117.)

pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farceto (1): venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano (2) con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte:

(1) Voz italiana: *jubon* en castellano.

(2) *Venian con la doncella* (se dice en el cap. 67 P. II. de *Amadis de Grecia*) *dos enanos tan feos, que espanto ponian*. De los libros de caballerias se introdujo acaso despues en los palacios de los reyes y grandes señores la moda de los enanos y de las enanas, que tanto privó en España. Felipe III tenia uno de extraña pequeñez, llamado Simon Bonami, á quien hizo un epitafio Don Luis Góngora, que se halla al fin de sus romances, y á quien cierto autor nuestro dedicó un libro, diciéndole que no extrañase su dedicatoria, supuesto que Pedro Aretino habia dedicado el suyo á una mona. Murio este enano por los años de 1616. Segun dice el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, que por su pequeñez le llama *átomo de criatura, vislumbre de niño*: y deseaba tambien dedicarle su libro, eligiéndole por su Mecenas. (El Pasajero: f. 92.)

y lo bueno es, que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia (1). Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su

(1) Así Oriana por medio de su doncella y confidente Mabilia hablaba á Amadis de Gaula por una reja de hierro, que tenia su redecilla. (Cap. 14.) Así el caballero de la Cruz fué á hablar con la infanta Andriana por las rejas de las ventanas del jardin, y por medio de Germana, su doncella, se prometieron los dos por marido y muger. (cap. 144.)

lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina, y de la infanta: dícenle (habiéndose despedido de los dos), que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vásele á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de reyes ó no: asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sugeto real y grave: consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios: no se la quiere dar el rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé que reino, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda rey (1) el caballero en dos palabras. Aquí en-

(1) Así Lucrecia decia á Bernardo del Carpio:

tra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal (1). Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, á eso me atengo (2), porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose el Caballero de la Triste Figura. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mismo modo (3), y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos, ó de los paganos, tengan guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. También me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con

„Pero muerto mi padre, yo de hecho
Soy Reina en Lombardía coronada,
Y puedo bien, señor, de aquí decirte
Que ofrezco con el reino de servirte.

(Garrido: *cant.* 38. v. 84.)

(1) Este plan, que recopila aquí el autor, de las empresas, aventuras y fines que se proponían en ellas los caballeros andantes, se pudiera exornar y confirmar con mayor número de autoridades y pasajes de los libros caballerescos, á que alude para ridiculizarlos; pero se omite por evitar prolijidad.

(2) Muéstrase aquí Sancho tan engolfado en las alegres esperanzas de su amo, que se olvida de que estaba casado y con hijos en su tierra.

(3) Este substantivo se había omitido en las primeras ediciones.

nija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo como se podía hallar que yo sea de linage de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos; así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides: otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron, y podia ser yo destes, que, despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey, mi suegro que hubiere de ser: y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí

entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor cuadra decir: Mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos: dígolo, porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo Don Quijote; y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso, porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cádate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese. Y móntas, que no sabría yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo.

Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabría bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía: ¿pues qué será cuando me ponga un ropon ducal acuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Que hay mas, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí, como caballero de grande. ¿Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballeros? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande (1), un

(1) ¿Quién era este señor? Por las señas que da Sancho, pudiera conjeturarse que era Don Pedro Giron, duque de Osuna, virey primero de Sicilia, y despues de Nápoles. Crióse en las guerras de Flándes, donde hizo hazañas valerosas, porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada: *Las niñezes del Duque de Osuna*. El gobierno de su vireinato de Nápoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor extraordinario y pericia militar, especialmente contra los Turcos, es famoso en la historia, que tampoco olvida la parte que tuvo en él su secretario Don

hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales (1). Desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde. Así será, respondió Don Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y opulencia de su cuna, le hacian un señor muy grande, y la naturaleza le hizo un señor muy pequeño. Consta en efecto que era pequeño de cuerpo. *En conclusion* (dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del Duque) *él fué uno de los hombres grandes de su siglo, que de pequeño no tenia otra cosa que la estatura. Di picciolo non havea altro che la statura. (Teatro de los gobiernos de los vireyes de Nápoles: tom II).*

(1) Esta era en efecto la costumbre en tiempo de Cervántes. Cuando salga el señor fuera de casa á pasear, ó hacer alguna visita, ha de ir el caballerizo detras á caballo, decia el año de 1614. Don Miguel Yelgo en su *estilo de servir á príncipes.* (fol. 84.)

CAPITULO XXII.

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones, que en el capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quijote alzó los ojos y vió, que por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimesmo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pié: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido, dijo: Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente, que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras. En resolucion, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los mise-

rables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas, porque llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió, que eran galeotes, gente de su magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quijote, querria saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijessen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas, ni á leerlas, vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que Don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó, que por qué pecados iba de tan mala guisa. El le respondió que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no mas? replicó Don Quijote. Pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los míos fueron, que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la

abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo necesidad de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de guarapas, y acabóse la obra. ¿Qué son guarapas? preguntó Don Quijote. Guarapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo: Este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió Don Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dijo Don Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda su vida. No lo entiendo, dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: Señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente non santa, confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó: su delito era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos, que tantas

letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida, ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quijote, el cual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: Yo voy por cinco años á las señoras guarapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia y basta. Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo

el cuerpo: en efeto quiero decir, que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida: y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se excusarian muchos males, que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco más á ménos, pagecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha (1).

(1) De la misma peligrosa opinion era un poeta contemporáneo de nuestro autor, que escribió un elogio de la alcahueteria, donde se leen estos versos:

No me engaña aficion. Usar debiera

Este ejercicio afable dignamente

La gente en ciencia y calidad primera.

Un exámen discreto y diligente

Se habia de hacer para otorgar el grado,

Y un colegio tambien para tal gente.

(Biblioteca real: est. M. cod. 82, p. 72). Esta arriesgada doctrina reprende el P. Fr. Juan de la Cerda, que hablando de estas tercerías dice: *Anda en este tiempo (que*

Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dijo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo puedo negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pependencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir á donde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un

era el de Cervántes) recibida de algunos la opinion de que no es bajeza el usar de tal oficio, no haciéndole por interese; como si por esto no fuesen dignas del nombre de alcahuetas, &c. (Vida política de todos los estados de las mugeres: tom. II, p. 484).

real de á cuatro del seno, y se lo dió de limosna. Pasó adelante Don Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no ménos, sino con mucha mas gallardía que el pasado: Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años: consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas, donde llevaban las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la

boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voace dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo

el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar (1), dijo Gines, si quedara en doscientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo Don Quijote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á voace, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote. La Vida de Gines de Pasamonte, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó Don Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho (2), respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo Don Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco

(1) Desempeñar.

(2) El rebenque ó látigo.

á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su magestad manda: si no por vida de.... Basta, que podría ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: De todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profesó, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé, que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal,

quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: quanto mas, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceiros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió Don Quijote: y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Qui-

jote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciése mucho Sancho deste suceso, porque se le representó, que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarlo encueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifesta experiencia, el que de mí habeis rece-

bido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura (1). Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo: Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave Mariás y Cre-

(1) El libertar á los presos los caballeros andantes, y enviarlos á que se presentasen á sus señoras, entraba en el plan de sus proezas, y así entró en él Don Quijote, que en esto imitó también á Amadis de Gaula, que, teniendo vencido al gigante Madarque, le concedió la vida con condicion que habia de hacerse cristiano él y sus vasallos; que habia de fundar en sus tierras iglesias y monasterios; y que habia de soltar todos los presos que tenia en sus cárceles, los cuales eran ciento, y habia entre ellos treinta caballeros, y cuarenta entre dueñas y doncellas, á quienes dijo Amadis cuando llegaron á besarle agradecidos la mano, que: *fuesen á la reina Brisena, y le dijesen como los enviaba su caballero de la Insula Firme, y que le besasen las manos por él.* (Lib. III, cap. 65).

dos, que nosotros dirémos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo Don Quijote; (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad) viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apénas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedazos: quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grevas no lo estorbaran. A San-

cho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando, que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quijote mohinísimo, de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIENDOSE tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en el mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hu.

biera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y se excusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares, ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Mancebos (1), y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay

(1) Así se lee en las primeras ediciones, pero acaso en el original del autor se leeria *Macabeos*, palabra fácil de equivocarse en la imprenta con la de *mancebos*. En la historia eclesiastica se habla de siete hermanos mártires; pero no consta que fuesen mancebos, y la hermandad mas famosa y conocida es la de los siete Macabeos.

en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que, aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede; ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió Don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase: animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despena que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba; y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun la opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se habia escapado,

llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe (1), y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza (2), no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese, se halló bien léjos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio, el cual viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis (3) que ganabas cada

(1) Así en todas las ediciones. Acaso en el original del autor se diria á lo que no se debe.

(2) Véase una nota de la Segunda Parte: cap. IV.

(3) Como no corria entónces tanto la moneda, valian mas baratos los comestibles. En la *Dorotea* de Lope convida á comer la vieja Gerarda á otra vieja amiga suya: y tratando de distribuir cuatro reales que le daba Laurencio, criado de Don Bela el indiano, dice en la pag. 227:

dia, mediaba yo mi despensa! Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia. El cual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, cargado con todo aquello que habia de llevar el

„He aquí la olla: una libra de carnero catorce maravedis, media de vaca seis, son veinte: de tocino un cuarto, otro de carbon, de peregil y cebollas dos maravedis, y cuatro de aceitunas, es un real cabal: pues tres reales de vino entre dos mugeres de bien es muy poca manifiatura: no hay para dos sorbos: añade, así Dios te añada los dias de la vida.” Laurencio. *¿Tres reales de vino, valiendo á doce maravedis la azumbre?* Es verdad que mas adelante por los años de 1614, quando escribia Cervántes la Segunda Parte, valia en la corte el pan á real, y la libra de carnero á cinco cuartos, si no estaba mal informada la muger de Sancho Panza en su carta á la duquesa. (Cap. LII.)

rucio (1), sacando de un costal, y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada olanda y otras cosas de lienzo, no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: Bendito sea todo el cielo que nos ha depa- rado una aventura que sea de provecho, y buscando mas, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido: este le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced,

(1) En la edicion de 1605 se decia en este lugar: *sentado á mugerigas sobre su jumento*, y esta es la primera vez que el autor corrigió en la de 1608, el descuido de introducir á Sancho sobre su asno, hurtado ya por Pasamonte: y aunque lo enmendó tambien en otras ocasiones, pero no en todas.

y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo: Paréceme, Sancho, (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines, le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, verémos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
 O le sobra crueldad, ó no es mi pena,
 Igual á la ocasion que me condena
 Algénero mas duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento
 Que nada ignora, y es razon muy buena
 Que un Dios no sea cruel ¿Pues quien ordena
 El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
 Que tanto mal en tanto bien no cabe,
 Ni me viene uel cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
 Que al mal de quien la causa no se sabe,
 Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sino Fili, respondió Don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte (1). ¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es, que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu, que de primor (2). Lea mas vuestra merced,

(1) Aquí se califica Cervántes á sí mismo de razonable poeta, supuesto que él es autor de este soneto, que repitió como suyo en la tercera jornada de su comedia de la *Casa de los Zelos, y Selvas de Ardenia* en boca de Reynaldos, solo que en el de Don Quijote se habla con Fili:

Si digo que sois vos, Fili, no acierto:

y en el de la comedia se habla con Angélica:

Si digo que es Angélica, no acierto.

(2) Poeta y músico fué con efecto Amadis, caballero andante de la edad pasada; pero sus canciones carecen ver-

dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quijote, y dijo: Esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo Don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera.

„Tu falsa promesa y mi cierta desventura me
 „llevan á parte, donde ántes volverán á tus oídos
 „las nuevas de mi muerte, que las razones de
 „mis quejas. Desechásteme ¡ó ingrata! por quien
 „tiene mas, no por quien vale mas que yo;
 „mas si la virtud fuera riqueza que se es-
 „timara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llo-
 „rara desdichas propias: lo que levantó tu her-
 „mosura han derribado tus obras: por ella en-
 „tendí que eras ángel, y por ellas conozco que
 „eres muger. Quédate en paz, causadora de mi
 „guerra, y haga el cielo que los engaños de tu
 „esposo estén siempre encubiertos, porque tú
 „no quedes arrepentida de lo que heciste, y yo
 „no tome venganza de lo que no deseo.”

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote:
 Méenos por esta, que por los versos se puede sa-

daderamente no ménos de primor que de espíritu, como se
 ve por esta:

Leonoreta sin roseta,

Blanca sobre toda flor:

Sin roseta no me meta

En tal culpa vuestro amor, &c.

(Amadis de Gaula: lib. II, cap. 54.)

car mas de que quien la escribió es algun des-
deñado amante: y hojeando casi todo el librillo,
halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer,
y otros no; pero lo que todos contenian eran
quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsa-
bores, favores y desdenes, solenizados los unos,
y llorados los otros. En tanto que Don Quijote
pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin de-
jar rincón en toda ella ni en el cojin que no bus-
case, escudriñase é inquiriese, ni costura que no
deshiciese, ni vedija de lana que no escarmena-
se, porque no se quedase nada por diligencia ni
mal recado: tal golosina habian despertado en
él los hallados escudos, que pasaban de ciento,
y aunque no halló mas de lo hallado, dió por
bien empleados los vuelos de la manta, el vo-
mitar del brebage, las bendiciones de las esta-
cas, las puñadas del arriero, la falta de las al-
forjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed
y cansancio que habia pasado en servicio de su
buen señor, pareciéndole que estaba mas que
rebien pagado con la merced recebida de la en-
trega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Ca-
ballero de la Triste Figura de saber quién fue-
se el dueño de la maleta, conjeturando por el
soneto y carta, por el dinero en oro, y por las
tan buenas camisas, que debia de ser de algun
principal enamorado, á quien desdenes y ma-
los tratamientos de su dama debian de haber con-
ducido á algun desesperado término; pero como
por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia
persona alguna de quien poder informarse, no se cu-
ró de mas que de pasar adelante, sin llevar otro ca-
mino que aquel que Rocinante queria, que era por

donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguirle porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones: y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de

que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearémos esta serrezuela, quizá toparémos aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi delante (1), estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyéron un silbo como de pastor que guarda-

(1) Este lugar, defectuoso en las dos ediciones primeras, haria sentido añadiendo estas palabras: *de aquí adelante; ó estas otras: á quien tenemos ó tuvimos casi delante.*

ba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos, que quien les habia traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho, que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla, que no léjos deste lugar hallamos. También la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme buen hombre, dijo Don Quijote, ¿sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses poco mas á ménos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa

misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijimosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entraís media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de como habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó quanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mancebumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscabamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le con-

venia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quien era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese donde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habiamos visto la vez primera, y cual le veiamos entónces, porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesias y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escucháramos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos

apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos, que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque, cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de

lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la Villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza, como desnudez: (que ya le habia dicho Don Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado, de buscalte por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de léjos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traia, no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía.

Don Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DICE la historia, que era grandísima la atencion con que Don Quijote, escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el cual prosiguiendo su plática dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

Los que yo tengo, respondió Don Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas, y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage y persona: y juro, añadió Don Quijote, por la órden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado le dijo: Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo

lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia, que tragaba, y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuevo, y miéntas ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del

todo á vuestro deseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa

amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y cuántos villetes la escribí! ¡cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese, y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual ántes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mesmo me

pareció mal, si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta, que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don

Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cual destas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo, y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa, que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y así por divertirme y engañarme, me dijo, que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al duque, que venia á ver y á ferriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apénas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan

buenas, la aprobará yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á mi Lusinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos, y cuando él me vino á decir esto, según después se supo, había gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haría, cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Lusinda, tornaron á vivir (aunque no habían estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la muchacha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discreción de Lusinda, de tal manera que mis alabanzas

movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, que qual lo veáis en el discurso del cuento de mi desventura, y para encenderle mas el deseo, (que á mí me celebraba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna, que hallase un día un villete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veía con cuán justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática, aunque la trujese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacía temer mi suerte lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer,

de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No hubo bien oido Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Ruggel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interrumpir su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi

mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la
de los rayos del sol dejar de calentar, ni hume-
decer en los de la luna: así que, perdon y prose-
guir, que es lo que ahora hace mas al caso. En
tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que que-
da dicho, se le habia caído á Cardenio la cabeza
sobre el pecho, dando muestras de estar profun-
damente pensativo, y puesto que dos veces le di-
jo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni al-
zaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al ca-
bo de un buen espacio la levantó, y dijo: No se
me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien
me lo quite en el mundo, ni quien me dé á enten-
der otra cosa, y seria un majadero el que otra co-
sa entendiese, ó creyese, sino que aquel bellaco-
nazo del maestro Elisabat estaba amancebado
con la reina Madasima. Eso no, voto á tal, res-
pondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle,
como tenia de costumbre) y esa es una muy gran
malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina
Madasima fue muy principal señora, y no se ha
de presumir que tan alta princesa se habia de
amancebar con un sacapotras, y quien lo contra-
rio entendiere, miente como muy gran bellaco: y
yo se lo daré á entender á pié, ó á caballo, ar-
mado, ó desarmado, de noche, ó de dia, ó como
mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio
muy atentamente, al cual ya habia venido el ac-
cidente de su locura, y no estaba para proseguir
su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera,
segun le habia disgustado lo que de Madasima
le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por
ella, como si verdaderamente fuera su verdadera
y natural señora: tal le tenian sus descomulgados

libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco con otros de nuestrs semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mesmo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero, que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero; Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dijo Don Quijote; pero yo sé, que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenébros.

DESPIDIÓSE del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendiccion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos; con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced, que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaban, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera

yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote, tú mueres, porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo ¿que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó que hacia al caso, que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia; pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron: porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayó y de médico á la reina; pero pensar que ella era su ami-

ga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara del guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda (1): pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres cualesquiera que sean, quanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes, porque fuera de haber sido hermosa, ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las ó tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué, y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano:

(1) Pudra.

mas que lo fuesen ¿qué me va á mí? y muchos piensan, que hay tocinos, y no hay estacas ¿mas quién puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dijeron. Válame Dios, dijo Don Quijote, y que de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Qué va de lo que tratamos, á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa: ly entiende con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced, y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellos una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligen-

cia? dijo Sancho. Sí, dijo Don Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimesmo, que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta mesma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos (1) como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así

(1) Con mas propiedad se diria *describiéndolos*, y acaso se diria así en el original del autor.

como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenébros, nombre por cierto significativo y propio para la vida, que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere

en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿qué dama le ha desdeñado? ¿ó qué señales ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro, ó cristiano? Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado; quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya loiste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia, y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada: así que de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco.

Pero dime, Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamarémos, porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias; ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mesmo que denántes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favo-

recerños ó destruirnos, y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parecé á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destes montaraces árboles,

en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quien quiera que seais, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos, han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (así los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego) que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canseis de oilla (1). O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura (así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle) que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por

(1) Imitacion de Garcilaso en la Egloga III.

tus obras, cuan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Asolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza: pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para que, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, cuando Dios queria: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta pe-

nitencia: y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora, que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada de sofisticado, ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar, se me revuelve el alma, no que el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio don-

de le deajo. ¿Purgatorio le llamas Sancho? dijo Don Quijote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo que quiere decir *retentio*, dijo Don Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo Don Quijote, y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla tras-

ladar en papel de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. Pues que se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman respondió Don Quijote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso, que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida no ha visto letra mia, ni cartamia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbré destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorezo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogáles la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, ¿qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora

de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante, ó por andar que la tuviere por señora. ¡O hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron, como si estuvieran al pié de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol y al aire: y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaino, como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben

de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las éras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuan necio eres tú, y cuan discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor (1), y un dia dijo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Maravillado estoy, señora, y no sin

(1) Esto es, el superior del mozo motilon, ó del lego mozo, que vivia en comunidad de teólogos. Llamábanse entónces motilonos los legos, del verbo *mutilo*, *as*, *are*, por llevar, como ahora, rapada la cabeza; y no era nombre ofensivo ni injurioso, pues se daba hasta á los legos santos. En la real Biblioteca hay un codice (*est. Q. núm. 39.*) que contiene las actas é informaciones que se hicieron en varios lugares para la canonizacion de San Diego de Alcalá, y en que trabajó tanto el cronista Ambrosio de Morales, que fué procurador especial de ella; y en él se lee lo siguiente: *Y Francisco Rodriguez, vecino de Daganzuelo, dijo: que él habia conocido al santo fray Diego, seyendo fraile motilon.*

mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota, como fulano (1), habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aquese no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¡Piensas tú, que las Amaríles, las Fíles, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen (2) por dar

(1) Dice Rodrigo Caro que *Fabulano* y *Statano* eran entre los gentiles dioses de los muchachos: el uno para que los enseñase á hablar, y el otro á andar: y que de aquí se dijo acaso *fulano* y *zutano*: esto es, unas personas de quienes nada sabemos, sino que hablan y andan. (*Dias Genales*: dial. V, §. 4). Otros derivan el *fulano* del hebreo.

(2) Esta expresion no excluye que algunas no fueron fingidas, sino verdaderamente damas de carne y hueso, como lo fué la *Diana* de Jorge de Montemayor (*V. P. I.*

subieto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo, porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre, ni falte nada, y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de metar la sogá en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dijo, que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le

cap. VI, p. 71) y pudo serlo tambien la *Galatea* del mismo Cervántes, como se dice en su *Vida*.

perdiere por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondió Sancho: Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dijo Don Quijote.

Carta de Don Quijote á Dulcinea del Toboso.

Soberana y alta Señora.

„**E**L ferido de punta de ausencia, y el llagado
 „de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del
 „Toboso, te envia la salud que él no tiene. Situ fer-
 „mosura me desprecia, si tu valor no es en mi
 „pro, si tus desdenes son en mi afinamiento, ma-
 „güer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sos-
 „tenerme en esta cuita, que ademas de ser fuer-
 „te, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho
 „te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada
 „enemiga mia, del modo que por tu causa quedo:
 „si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz
 „lo que te viniere en gusto, que con acabar mi
 „vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi
 „deseo.”

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he

oído: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y que bien que encaja en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo Don Quijote, y habiéndola escrito, se la leyó que decía así:

„Mandaré vuestra merced por esta primera de
„pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza
„mi escudero tres de los cinco que dejé en casa,
„y están á cargo de vuestra merced: los cuales
„tres pollinos se los mando librar y pagar por
„otros tantos aquí recibidos de contado, que con
„esta, y con su carta de pago serán bien dados.
„Fecha en las entrañas de Sierra Morena á vein-
„te y dos de Agosto deste presente año.”

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para treientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion: que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quieró, digo, que me veas encueros,

y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote, que no dirás tú tantas, cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo encueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento, cuanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces, y á bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin que, ni para que por una?.... No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe, que si me conociese, que me ayunase. A fe Sancho, dijo Don Quijote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pe-

na ese cuidado, respondió Don Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieran, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho: ¡Sabe vuestra merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo Don Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas, cuanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo (1). Así lo haré, respondió Sancho Panza, y

(1) Segun la fábula fué *Teseo*, y no *Perseo*, quien salió del laberinto con el hilo; así que, este se debe considerar como un yerro de imprenta: el mismo Cervantes dijo en el cap. XLVIII: *ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la sogá de Teseo*. En cuanto á las señas de las ramas, de la misma traza se valió, ántes que Don Quijote, el marques de Mantua para no perderse en un bosque:

*Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare,
Acia do sintió la voz
Empieza de caminar;
Las ramas iba cortando
Para la vuelta acertare.*

(Cancionero de Anveres: 1555, 16. f. 32).

cortando algunas, pidió la bendición á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél: y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo había aconsejado: y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió, y dijo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿No te lo decia yo? dijo Don Quijote, espérate, Sancho, que en un Credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo, y los piés en alto descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta que fué breve.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la his-





Tecnológico
de Monterrey

toria, que así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello; y era que cual seria mejor, y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ó á Amadis en las melancólicas; y hablando entre sí mismo decia: Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie si no era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesváles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante (1): y si él entendió que esto era verdad y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha vis-

(1) Medoro fué page y amigo del sarraceno Dardinel ó Dardinelo, no de Agramante. Véase una nota sobre estos personages. (P. II. cap. I.)

to en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es en su mismo trage (1), y que se está hoy como la madre que la parió: y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el Furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula sin perder el juicio y sin hacer locuras alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana (que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) *de que* (2) se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar tra-

(1) Alusion contra los moriscos, porque vestidos del trage del pais, y hablando la lengua castellana, eran muchos de ellos verdaderos moros: y aunque Dulcinea no hubiese visto jamas ningun moro con turbante y cimitarra, veria algunos en su patria el Toboso, donde se avecindaron muchos moriscos traídos de las Alpujarras de Granada, como dijeron los naturales de aquel pueblo el año de 1575 en las *Relaciones* que pidió á los de España Felipe II. (tom. IV, cap. 7. que con otros, existe en la Real Academia de la Historia) y así salieron de él el año de 1611, cincuenta y cuatro familias, ó doscientas y sesenta y nueve personas como dice el P. Fr. Márcos de Guadalajara. (*Prodicion y destierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote*: fol. 39. b.) Esta avenida de los moriscos granadinos fué con otras la causa de la excesiva poblacion, á que llegó el lugar del Toboso, pues dice Don Diego de la Mota *Orígen de la órden de Santiago*: pag. 209.) que el año de 1468 tenia ciento y cuarenta vecinos, y el de 1598, mil y doscientos.

(2) Estas palabras están repetidas.

bajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno; ni tengo para qué enturbiar el agua clara destes arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo: que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas (1); y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra: venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á amitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez (2); y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así se entretenia paseándose por

(1) Alusion á Faetonte, que rigiendo los caballos del Sol su padre, se precipitó. (*Ovid. Metamorph. l. 11.*)

(1) No solo los aventureros, sino los Doce Pares de Francia echaban mano del rezo en sus contratiempos, y alternativas de devocion y locura. Así del conde Dirlos, despues de haber repartido los despojos de la vitoria del moro Aliarde ó Soldan de Persia, dice el romance viejo:

„Solo él se retraia
Sin querer algo temare,
Armado de armas blancas
Y cuentas para rezare,
Y tan triste vida hacia
Que no se puede contare.”

(Cancionero de Anveres: año de 1555. 16 fol. 10 b.)

el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Arboles, yerbas y plantas,
Que en aqueste sitio estais,
Tan altos, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por donde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea:
Y así hasta henchar un pipote
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,

Maldiciendo entrañas duras,
 Que entre riscos y entre breñas
 Halla el triste desventuras.
 Hirióle amor con su azote,
 No con su blanda correa:
 Y en tocándole el cogote,
 Aquí lloró Don Quijote
 Ausencias de Dulcinea
 Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quijote que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *el Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos ascribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas de estas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía: que si, como tardó tres dias, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió (1).

(1) Esta penitencia de Don Quijote es uno de los pasos mas principales en que imitó á Amadis de Gaula, que, como dice Cervántes, era su original y modelo. Acababa Amadis de conquistar la ínsula Firme, que era encantada: tenia siete leguas de largo y cinco de ancho, y por estar metida en el mar, se llamaba *ínsula* ó *ínsola*, y por la

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería: y fué que, en saliendo al camino real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgra-

parte de tierra por donde se entraba á ella, se llama *Firme*. Retiróse despues Amadis á la corte de Sobradisa, donde reinaba la hermosa Briolanja. Sábelo la sin par Oriana, y llevada de unos imaginados zelos, escribele una carta llena de rabiosas quejas, mandándole no compareciese mas en su presencia: el sobrescrito de la carta decia así: *Yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazon, y vos sois el que me feristes*: enviala por medio del doncel Burin. Recíbela Amadis, léela, y desesperase: deja sus aventuras, y se retira á una selva á hacer penitencia: despídese de su escudero Gandalin: siente no poder hacerle grandes mercedes: dejale por gobernador de la ínsula Firme, al modo que con el tiempo llegó á serlo tambien Sancho Panza de la Barataria: da principio Amadis á su extravagante penitencia bajo la direccion de un ermitaño llamado Andalod, que vivia en una ermita, internada siete leguas en la mar sobre una peña alta y estrecha llamada la *Peña Pobre*: pídele Amadis que le mude el nombre para no ser conocido; y atendidas su belleza exterior y sus angustias interiores, le puso el de *Beltenébros*, ó el de *el bello Tenebroso*, esto es, hermoso en el cuerpo, y triste, melancolico y opaco en el ánimo; y por eso dijo Cervantes, que era nombre *significativo y propio*. Los ejercicios de su penitencia se reducian á asistir á visperas, á confesarse con el ermitaño, á oír su misa, y rezar otras devociones; pero sobre todo á gemir, suspirar, y anegarse en lagrimas vivas, que las derramaba tan gordas como nueces. Nótese que esta penitencia no provenia de devocion verdadera, sino de desesperacion, y que en ella no se proponia Amadis otro fin, que el de volver á la gracia y amistad escandalosa de su señora Oriana. Porque los caballeros andantes componian con su moral poco rígida estas devotas apariencias con mil robos, con mil estrupos, con mil injusticias y con

cia de la manta, y no la hubo bien visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre: esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria, ó no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que lue-

mil insolencias, juzgando que se compensaban estas fechorias con desafiar á jayanes ó paganos (que por traer los libros de Caballerías origen de las cruzadas del Oriente se suponian sarracenos ó turcos) pues ó los mataban en obsequio de la religion, ó si se convertian y bautizaban, les conservaban la vida en obsequio de la misma. En medio de sus lágrimas componia tambien Amadis algunas canciones poéticas, que él mismo *entonaba y cantaba*; y por imitarle, finge tambien Cervántes á Don Quijote músico y poeta, como se vé aquí y en la *P. II. cap. XLVI*, cuando con *una voz ronquilla* cantó á la vihuela un romance, compuesto y entonado por el, para que le oyese Altisidora, la doncella de la Duquesa. Mas el penitente y enamorado manchego no se muestra tan devoto, como su prototipo; porque ni oia misa, ni asistia á visperas, ni se confesaba, teniendo tan á mano al licenciado Pero Perez, su párroco, especialmente el tiempo que anduvo en su compañía en Sierra Morena. Sin duda no quiso Cervántes mezclar las cosas sagradas con las profanas en esta ficcion caballeresca; y aun el tiempo que faltó el cura al gobierno de sus feligreses, parece se puede disculpar con el celo que le llevó á buscar la oveja perdida de Don Quijote, y restituirla al aprisco de su aldea, como en efecto la restituyó: en cuya vuelta y reducion intervino la discreta Dorotea, como en la de Amadis la doncella de Dinamarca, que por medio de una carta que le entregó Oriana, le sacó de la ermita, y le llevó á Miraflores cerca de Londres. (*Amadis de Gaula* lib. 2 cap. 44 y sig. lib. 3 cap. 65 lib. 4 cap. 128.)

go le conocieron, y dijo el uno al otro: Dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote: y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto general de los libros: los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, ¿adonde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar, y la suerte donde, y como su amo quedaba: y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo: en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba ena-

morado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase. A lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librito; pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuélele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro, y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que ¿qué le habia sucedido, que tan mal se paraba? Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿Cómo es eso replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó

cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del Rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haría revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen. Decilda, Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladarémos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pié, y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora*. No dirá, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Asi es dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo. . . . *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuesa merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa: y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le

pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria, y para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimesmo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser emperador, ó por lo ménos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser ménos, y le habia de dar por muger á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de Tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuan vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades: y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como

él decia, ó por lo ménos arzobispo, ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes (1) á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple, ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C. ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo, y se lo aconsejarémos, y aun se lo pondrémos en caso de conciencia, que sea emperador, y no arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas par-

(1) Al modo que lo fué en aquellos tiempos caballerescos el arzobispo Turpin, segun Luis Pulci en su *Morgante Maggiore*; y en otros mas modernos se puede decir que lo fué tambien en cierto modo el arzobispo de Burdeos, que sien o almirante ó general de la armada de Luis XIII dio una batalla naval el año de 1638, á Don Lope de Hozes, general de la nuestra. [*Real Biblioteca: est. H. cod. 71.*]

tes donde él mas se sirva, y á donde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia, que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entrémos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa porque no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron, y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querian; y fué que dijo al Barbero que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian á donde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella affigida y menesterosa, y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y

que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver, púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se de.

bieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herriedo, subió en su mula á mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al Cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria al escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quijote

para moverle y forzarle á que con él se viniese y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese lición, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho ántes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho, que no dijese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él, que luego se pusiese en camino para ir á ser empera-

dor, ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenían de aconsejar á su señor fuese emperador, y no arzobispo, porque él tenía para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo, que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sossegados, y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades, y mas cuando advirtieron que lo

que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

¿Y quién aumenta mis duelos?

Los zelos.

¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quién mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quién consiente mi duelo?

El cielo.

De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico, que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impireas salas.

Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.

Deja el cielo, ó amistad, ó no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:

Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar, si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan extremado

en la voz, como doloroso en los gemidos, y no advuieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio, el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, cuando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señales le habia conocido) se llegó á él, y con breues, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así vi ndo a los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida: porque las razones que el Cura le dijo, así lo dieron á entender, y así respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, ha procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo, que en sa-

siendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio, y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á Don Quijote y al

cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabad y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte, que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: así llegando al paso del billete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA A CARDENIO.

„Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime, y así, si quisieredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podréis muy bien hacer: padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis y como yo creo.”

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Díjele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia par-

tes bastantes para ennoblecer cualquier otro linage de España; sino porque yo entendia dél, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolución le dije, que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuales eran, sino que me parecia, que lo que yo desease jamas habia de tener efeto. A todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Lusinda. ¡O Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¡qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¡Qué ofensa te hice? ¡qué palabras te dije, ó qué consejos te dí, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¡de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡Quién pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin prove-

cho, y añúdemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viesse por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora.

exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volviame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Lusinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado: dí las cartas al hermano de Don Fernando: fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia, que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Lusinda, y mas

habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscin-da, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido á escribirme, estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quien se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino: díjome, que acaso pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medio día, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego, que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije, que haria lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las

lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla, y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

„La palabra que Don Fernando os dió, de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo: y si os quiero bien, ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega, que esta llegue á vuestras manos, ántes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.”

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conocí entónces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando

concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocía yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse

con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto, tuvé lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre los cuales podia yo ver, sin ser visto, todo lo que en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miétras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento, para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las

pedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras, y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¡No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí, que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la Parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¡Quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡O quién se atreviera á

salir entónces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, sí, y el acabármeme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¡Qué quieres? ¡qué pretendes? Considera, que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! Ahora que estoy ausente y léjos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi carpeta, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengaño, que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí quiero:* y lo mismo dijo Don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, cual quedé yo, viendo en el *sí* que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que

me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardía de rabia y de zelos. Alborotárouse todos con el desmayo de Lusinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle, se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian, para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto, ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó, que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos, (que por estar tan sin pensamiento mio (1), fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian: y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me

(1) O, tan agenos de pensar en mí.

Ya ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto, ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Lusinda y de Don Fernando, como si con ellas satisfaciera el agravio que me habian hecho. Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo, que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle, se podia pensar, ó que no tenia juicio, é que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dijera, que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles Don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia

dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo cuanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas, hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda, ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos, que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldicien-

do mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces, que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimieuto, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Lusinda y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor, ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez, en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con ménos sentimientos, que los que en mí habeis visto? y no os canseis en persuadirme ni

aconsejarme lo que la razon os dijere, que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los porvenir, de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle (1), y es mas causa (2) de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia, lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

(1) Alusion á la sentencia de Virgilio:

Una salus victis nullam sperare salutem,
que traducida por Gregorio Hernandez de Velasco dice así:

*Solo les queda á los vencidos una
Salud, que es no esperar salud alguna.*

(2) *Y en mí es causa*, parece que debería decir, *y no: y es mas causa*; que no hace sentido ninguno; y que sin duda es un yerro de imprenta cometido en las primeras ediciones.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra.

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan hohrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables, y artificiosos y verdaderos, que la misma historia (1). La cual prosiguiendo su rastrillado,

(1) Sin haber concluido nuestro autor un episodio, introduce otro, y con la salva y apología que hace aquí á favor de ellos, parece quiso prevenir la crítica, que le hicieron despues por boca del bachiller Sanson Carrasco, sobre que en esta Primera Parte se habia valido de novelas y cuentos agenos de la historia, y que *se debió de atender al refran de paja ó keno &c.* [P. II. cap. III.] Con efecto en el cap. XLIV. confiesa que en la Segunda se habia ceñido mas á los principales personajes de la historia, que son Don Quijote y Sancho, sin extenderse á otras digresiones y episodios extraños, y *sin ingerir*, como él dice, *novelas sueltas y pegadizas*: y porque los censores de Cervántes daban á entender que el recurso á cuentos agenos suponía pobreza de ingenio, añadió que él era hombre que *tenia habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo*. En esta sujecion á

torcido y aspado hilo, cuenta que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decia desta manera: ¡Ay Dios! ¡si será posible que he ya hallado lugar, que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente: ¡ay desdichada! ¡y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males! Todas estas razones oyeron y percibieron el Cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido: suspendióles la blancura y belleza de los estrechos limites de la narracion histórica se fundan los que prefieren la Segunda Parte á la Primera, contra los que decian: *nunca Segundas Partes fueron buenas.* (P. II. cap. IV.)

los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia. El cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimesmo unos calzones (1) y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió, y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable tal, que Cardenio dijo al Cura con voz baja: Esta, ya que no es Lusinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Lusinda, que despues afirmó que sola la belleza de Lusinda podia contender con aquella.

(1) Un género de gregüescos (dice Cobarrúbias en su *Tesoro*) ó zaragüelles: muchas veces se toma por las sobrecalzas, que por otro nombre se llaman polainas.

Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que, si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion, y en mas deseo de saber quien era, ponía á los tres que la miraban: por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fué el primero que le dijo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis, solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el Cura prosiguió diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de

poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo, que con buena intencion se le da al que lo padece: así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto, que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio, y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion, que os hiciere de mis desdichas, os ha de cau-

sar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por muger, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al redor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar, de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de que sea heredero, sino de las traiciones de Velido y de los embustes de Galalon: deste señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi

poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia: ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los mayores, ó capataces, y á otros jornaleros, los

entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual, si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuan sin culpa me he venido de aquel buen estado, que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los piés; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron, püestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente

de locura, que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era. La cual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien á entender sus demostraciones: mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa: dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle: las noches no dejaban dormir á nadie las músicas: los billetes, que sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo cual no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solitudes, porque me daba un no se qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que

mis padres me daban, que ya muy al descubier-
to sabian la voluntad de Don Fernando, porque
ya á él no se le daba nada de que todo el mun-
do la supiese. Decíanme mis padres que en so-
la mi virtud y bondad dejaban y depositaban
su honra y fama, y que considerase la desigual-
dad que habia entre mí y Don Fernando, y que
por aqui echaria de ver que sus pensamientos,
aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban
á su gusto que á mi provecho, y que si yo qui-
siese poner en alguna manera algun inconve-
niente para que él se dejase de su injusta pre-
tension, que ellos me casarian luego con quien
yo mas gustase, así de los mas principales de
nuestro lugar, como de todos los circunvecinos,
pues todo se podia esperar de su mucha hacien-
da y de mi buena fama. Con estos ciertos pro-
metimientos, y con la verdad que ellos me de-
cian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise
responder á Don Fernando palabra que le pu-
diese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza
de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos,
que él debia de tener por desdenes, debieron
de ser causa de avivar mas su lascivo apetito,
que este nombre quiero dar á la voluntad que
me mostraba, la cual, si ella fuera como debia,
no la supierades vosotros ahora, porque hubie-
ra faltado la ocasion de decíroslo. Finalmente,
Don Fernando supo que mis padres andaban por
darme estado por quitalle á él la esperanza de
poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese mas
guardas para guardarme, y esta nueva ó sospe-
cha fué causa para que hiciese lo que ahora
oiréis.

Y fué, que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fui poderosa de dar voces, ni aun él, creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos, (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor, que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobre cilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos semejantes comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte, que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera, ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla, como es posible dejar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus bra-

zos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshorrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora, que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dijo: ¿qué Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con

tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado trage, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda (7) sabia, se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa, fué que tomando Don Fernando una imágen, que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que, si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones, que aquí he dicho, le dije, y otras muchas de que no me

(1) De sus sucesos.

acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije á mi mesma: sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago, ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios será su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonorada, y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuan sin ella he venido á este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró á mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza, y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazón como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó Don

Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado, y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traído, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fué, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien, ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á Don Fernando, que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel he-

cho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en sollicitallo, puesto que supe que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado: estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciágos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento ántes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respectos y se acabaron los honrados discursos, y á donde se perdió la paciencia, y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué, porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento,

diciendo: Llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazón en oílla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tania por hecho, á lo ménos á decir á Don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho.

Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa, y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corri-

hos para contarla por toda ella: díjome que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que, llegando su esposo á desabrocharle el pecho, para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si habia dado el sí á Don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender, que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se habia quitado la vida: todo lo cual dicen, que confirmó una daga que le hallaron, no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó Don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero es-

crita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba á donde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor, no haber hallado á Don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad, sin saber qué hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon, donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traia, y oí decir, que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon

me salí de la ciudad con mi criado; que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe, que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado, hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yerros le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios ni respeto mio me requirió de amores; y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando: con este deseo ha no sé cuantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta Sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir

estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente dejalle y asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas: digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y orden, que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperezas y rísima penitencia en que se habia puesto.

ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oístes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y con

siderada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis donde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé, que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura, que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad, que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: En fin, señora ¿qué tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo: ¿Y quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: yo soy el desdichado Cardenio,

á quien el mal término de aquel, que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó á oír el sí, que de ser su esposo pronunció Luscin-da: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscin-da la pusiese, y vinéme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podría ser, que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscin-da no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado, ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas ima-

ginaciones, suplicóos, señora, que tomeis otra resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando; y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafiarle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría órden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El Barbero que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimesmo con brevedad la causa que allí los habia traído, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscallo. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sue-

ños, la pendencia que con Don Quijote habia tenido, y contóla á los demas, mas no supo decir por que causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces: salióle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho, que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia, y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarían de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenían pensado para remedio de Don Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester, para llevar adelante su intento, porque ella habia leído muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas, cuando pedían sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester

mas, dijo el Cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y así preguntó al Cura con grande ahinco, le dijese, quién era aquella tan hermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es, que le desfaga un tuerto, ó agravio que un mal gigante le tiene fecho, y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa busca-da y dichoso hallazgo, dijo á esta sazón Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que des-

faga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje, que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien, que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones, para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, sería nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el Cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claró está, que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos. Con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver cuan

encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo; puesto que ni el Cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el Cura, porque no era menester por entónces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado, quando descubrieron á Don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió, y fué informado de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: De aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un

don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, hermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave (1). No será en daño ni en mengua de

(1) Toda esta aventura está con efecto trazada segun el estilo de los libros de caballerias, como se pudiera acreditar con muchos pasages de ellos. En el cap. 23 de *D. Olivante de Laura* se dice: *Toparon en el camino una doncella que venia en un palafren y dos escuderos con ella, é venia llorando. Palmerin que la oyó, ovo duelo della, y díjole: Amiga, ¿qué cuita es la vuestra? decídmelo: que mucho faré por vos ayudar.* Y en la P. I, cap. 39 de *Amadis de Grecia* se trata de como vino la gigante *Malfadea* á demandar favor al rey *Amadis*, y como él se fué con ella á la vengar del gigante; y se añade: *la Jayana se lanzó á sus piés: agora vos suplico, señor, que me otorgueis un don, que, para que yo sea enmendada de un tuerto que recibí, conviene me lo otorgueis. Yo lo otorgo, dijo el rey.* Y en la P. II, cap. 60, se dice: *Como mi padre murió, un vasallo suyo se alzó con el reino y ínsula que á mi me venia de derecho: vengo vestida de negro hasta que sea restituida en mi reino.*

los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la Doncella, dijo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que así lo otorgó, respondió Don Quijote, y así podeis, señora, desde hoy mas desechár la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo vos os veréis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follores que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos, mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió; ántes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y

mandó á Sancho, que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intencion: y viendo, que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que (1) Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy á pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba, que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo ménos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¡Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¡habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun

[1] Y la diligencia con que,

oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? no sino dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos, ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mesmo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo, como los de á pié: en efeto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatrio-

ta Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote. El cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza para apearse; mas el Cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia: Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el Cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto, que á mí, aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de una destas mulas destes señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la zebra ó alfana (1), en que cabalgaba aquel famoso moro

(1) La alfana es una yegua de extraordinaria grandeza, de que usaban los gigantes y otros personajes caballescros. La zebra, que tiene la ligereza del ciervo, es una especie de caballo, y el animal de mas hermosa estampa y vistosa piel que acaso se encuentra entre los cuadrúpedos: tiene la piel pintada con varias rayas, cintas ó fajas, alternando los colores de negro y blanco, y distribuidas con maravillosa simetría. Trata de la zebra el conde Buffon en el tom XII de su *Historia natural*, p. 1 y su hábil traductor Don José Clavijo en el tom. VII, p. 240. Años pasados se vió una en Madrid, que para diversion y admiracion del público sacaban á pasear por sus calles y

Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió Don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodar.

prado, y cuya piel se manifiesta ahora en el Gabinete de la Historia natural. Ludolfo en el *Comentario latino á su Historia de Etiopia*, impreso el año de 1691, trata de la zebra, de que trae una estampa al fol. 150, y dice que en el Congo, reino de Africa (el cual es como la cuna y patria de las zebras) se llama *Zecora* en la lengua del pais, de donde pudiera conjeturarse que de *zecora* se dijo y derivó *zebra*, de este modo: *zecora, zecra, zebra*. No falta quien asegure que en España era conocido y frecuente este tan hermoso y apreciable cuadrúpedo; que de su nombre se llamó Cebrero un monte de Galicia; y que en Madrid habia antiguamente en su carniceria tabla de carne de zebra, como consta de su Fuero, dado á principios del siglo 13, ó año de 1208 por Don Alonso VIII. Pero lo que consta de este Fuero (de que se halla un ejemplar auténtico en la real Academia de la Historia) es que las tablas, en que entónces se vendia carne en la carniceria de esta villa de Madrid, eran de *carnero*, de *cabra bona*, de *oveia bona*, de *oveia veia*, de *cutral* ó *cebon*, de *cervo*, y de *cabra veia*; mas no habia tabla de carne de zebra, sino de ciervo. Con efecto, abundaba esta tierra de caza mayor, como ahora sucede aun, y como consta del libro de la *Montería* del rey Don Alonso XI. En el Fuero de Plasencia, dado tambien á principios del siglo XIII por el mismo rey Don Alonso VIII, se hace igualmente memoria de gamos, de ciervos, y de *acevras*, ó *cevras*. Mas estas eran las hembras de los ciervos; y así hablando de repartir la caza, dice: *Si es ciervo, haya el cuero: si es cebra, haya la tuerdega del lomo*. Conque el monte Cebrero se llamó sin duda así por los ciervos que se criaban en él; y en las tablas de carniceria de Madrid no se vendia en el siglo XIII carne de *zebra*, sino de *ciervo*.

se en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortes y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié, pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el Barbero; y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote: con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio, sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caido, dijo: Vive Dios, que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta. El Cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian, y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y

tan sano como de ántes, de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al Cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dijo el Cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta que estaria dos leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la princesa y el Cura, y los tres á pié, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: Vuestra grandeza, señora mia, guíe por donde mas gusto le diere. Y ántes que ella respondiese, dijo el licenciado: ¿Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicón? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: Sí, señor, hácia ese reino es mi camino. Si así es, dijo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no ha dos años

que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle, para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mía, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura: porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo: y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos

galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos: y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho, por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola por ver lo que hacia ó decia Don Quijote: al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el Cura, cuando Sancho dijo: pues, mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le di-

je ántes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazón Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dijo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorothea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacian burla dél sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado, le dijo: Señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto bra-

zo habían sido librados los galeotes, él se dió tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, ántes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el Cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió Don Quijote. A lo que respondió Dorotea, pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, después de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman. . . . y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache con-

tando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia: la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el Arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reyes como si fuese vizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira) digó que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogie-

se; pero que podia escusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si queria escusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dijo Dorotea. Dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quijote dijo á su escudero: Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero, que aquel sabio rey dejó profetizado. ¡Pues para qué quiere vuestra merced

desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo que es señal de ser hombre fuerte (1). Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama, que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha. Pues apenas me hube desem-

(1) El licenciado Miguel de Luna, granadino hijo de padres moriscos, fingió una historia de la pérdida de España, suponiendo que era la escrita en arábigo por Abulcacin, que se halló en ella; y traduciéndola en castellano la publicó por los años de 1588 haciendo á un mismo tiempo oficio de autor original y de traductor. En el lib. 1 cap. 7 f. 27, dice pues, que hallándose en Tarifa el capitan Tarif con el conde Don Julian, prendieron los moros á una muger española, y la llevaron á su presencia, la cual dijo que se llamaba la *Cabezuda*; que siendo niña oyó leer á su padre un pronóstico, en que se decía que se habia de perder este reino, y le habian de ganar los moros; que el capitan que le habia de conquistar habia de ser valeroso y fuerte; y que por señas habia de tener un lunar peloso tan grande como un garbanzo, sobre el hombro de la mano derecha; que oido esto, se desnudó Tarif en presencia de todos, y habiendo mirado con cuidado, hallaron el lunar que la muger habia dicho. Pudo Cervantes haber adoptado de la historia de Abulcacin el caso del lunar de Don Quijote: y pudo tambien haberle inventado.

barcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas tuyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dijo: Debe de querer decir la señora princesa que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el Cura, y prosiga vuestra magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea; sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuenta y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte, que á ponerle delante de Pandaflando de la Fosca Vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre: el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas, ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote: ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar, y reina

con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gasnatico al señor Pandahilado. ¡Pues monta que es mala la reina! así se me vuelvan las pulgas de la cama: y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento: y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¡Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deciros que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto: y él y yo salimos en tablas á tierra como por milagro y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitará á mí, ó alta y valerosa señora, dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y

juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena, espada, merced á Gines de Pasamonte que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo: Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio: ¿pues cómo? ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á satanas, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey, hágame marques ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora

Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿Pensais le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? pues no lo pensais bellaco, descomulgado, que sin duda lo estáis, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea: ¡y no sabeis vos, gañan, faquin (1), belitre (2), que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? decid, socarron de lengua viperina ¡y quién pensais que ha ganado este reino, y cortado la cabeza a este gigante, y héchoos á vos marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser: ¡ó hideputa bellaco, y como sois desagradecido que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan mal trecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: Dígame, señor, si vuestra merced tiene determi-

[1] Voz italiana: ganapan, mozo de cordel que se emplea en llevar fardos á cuestas.

[2] Voz francesa: pícaro, ruin, de viles procederes.

nado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? esto es de lo que yo me quejo: cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados: en lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo no la has visto, traidor, blasfemo? dijo Don Quijote; ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero asi á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dijo Don Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo Don Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente.... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de

aquella señora Tobosa, á quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion; y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote: Despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida, como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse: A pecado nuevo penitencia nueva.

Miéntas esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero so-

bre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano: pero Sancho Panza, que doquiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en trage de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: Ah ladron, Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: ¡Cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el Cura á Dorotea, que habia andado muy discreta así en el cuento, como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia en-

retenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dijo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo; ¿pero no es cosa extraña ver con cuanta facilidad crée este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necesidades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho. Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pependencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿dónde, cómo, y cuando hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie,

*

porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librito de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera, que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leído tan linda carta como aquella. Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote. No señor, respondió Sancho, porque después que la di, como ví que no habia de ser de mas provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberrana Señora*, y lo último *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas, y vidas, y ojos míos.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

TODO eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste: ¿y qué hacia aque-

lla reina de la hermosura? á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo (1) para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo era candeal, ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yote aseguro, dijo Don Quijote, que aechando por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acibar to lo lo que aquí está. Discreta señora, dijo Don Quijote, eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella: adelante Sancho: y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? ¿y tú, qué le respondiste? acaba, cuéntamelo to lo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba (2), me-

(1) Oro hilado.

(2) Al fin del cap XXV se supone á Don Quijote desnudo de medio cuerpo abajo. Algunos notan esta contradicción, en que es de creer incurriese voluntariamente Cervantes por la decencia debida á Dulcinea; pues no le cos-

tido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto. ¿Pues cómo, Sancho, dijo Don Quijote, haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma; pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo una fragancia aromática, y un no sé que de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho, ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que taba á Sancho sino añadir una mentira mss á las muchas que ensarta.

entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quijote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced, *El Caballero de la Triste Figura*. Preguntéle si habia ido allá el Vizcaino de marras: díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. Tambien le pregunté por los galeotes: mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes,

alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, cuando della me despedí: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela: pero buenas son mangas despues de pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado Sancho? de qué me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas: por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante, que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber so pena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destes, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo, ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y quando no os me cato, asoma por acullá encima de

una nube, ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas: y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así sería, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante, como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos. Y como si llevaba azogue, dijo Don Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz

que mis sentidos alumbra: á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. ¡Ay, dijo Sancho, y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en valde, y dejar pisar (1) y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya Cura; y si no ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde: que más vale pájaro en mano, que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira, Sancho, respondió Don Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerle mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de ada-

(1) Así en las primeras ediciones, y en las demás: en el original del autor se leería acaso pasar.

hala (1), ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere, y en dándomela ¿á quién quieres tú que la dé sino á tí? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la princesa, que á ver á Dulcinea: y avisote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. ¿Pues si eso es así, dijo Sancho, cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿como se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¿O qué ne-

(1) Así se decia antiguamente: ahora *adehala*: viene del árabe *ade halel*, que significa *lícita estipulación*.

cio y qué simple que eres! dijo Don Quijote, tú no ves, Sancho, que eso todo redundá en su mayor ensalzamiento? porque has de saber, que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese. ¡Válate el diablo por villano! dijo Don Quijote, y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho.

En esto les dió voces maese Nicolas que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras; porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en tola su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta satisfacieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el



Tecnológico
de Monterrey



cual poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: ¡Ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban, y dijo: Porque vean vuestras mercedes cuan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuerros y agravios, que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona affigida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada: digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacia[n] mas de ladron que de simple: á lo cual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fue-

ron oídas, no fueron admitidas: en resolución yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun zahumados: ¿no es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? responde, no te turbes, ni dudes en nada, dí lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al reves? replicó Don Quijote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado: y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta hora he estado curándome en un hospital del mal, que el mal villano entónces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque, si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito,

y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora veras si aprovecha, dijo Don Quijote, y diciendo esto se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendolo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea ¿qué era lo que hacer queria? El le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosesgase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora decis, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos ju-

ramentos, dijo Andres; mas quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: Toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre, y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse; bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote: Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

ACABÓSE la buena comida (1), ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritónes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recibir con muestras de mucha alegría; y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho (2) que la vez pasada. A lo cual le respondió la húspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se la daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría; y así le aderezaron uno razonable en el

(1) Así en todas las ediciones: acaso en el original de Cervantes se diría *la breve comida* en lugar de *la buena*, pues antes advirtió que los convidados tenían mucha hambre, y que la satisficieron poco; y una comida en que los convidados quedan con parte de la hambre, no es buena, sino breve y escasa.

(2) Otro mejor lecho... que ella se la daría. Esta disonancia concordancia del masculino con el femenino pudiera no ser descuido ni del autor ni del impresor, sino una censura de la afectación de Don Quijote, que hablando con una ventera usa de la voz latinizada *lecho*, la cual le contesta según la idea de la palabra común y vulgar *cama*.

mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dijo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que ando de mi marido por esos suelos que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer: trataron sobre comida, estando delante el ventero, su

muger, su hija, Maritórnes, y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote, y del modo que le habian hallado: la húspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el Cura dijese que los libros de Caballerías que Don Quijote habia leído, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: No sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo ménos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entónces. Así es la verdad, dijo Maritórnes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que

les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella: tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oirlo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediádes vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza; solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones, y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle. Ahora bien, dijo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Qué me place, respondió él, y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy

Buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era: *Don Cirongilio de Tracia* (1), y el otro de: *Félix Marte de Hircania*, y el otro la: *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba*, con la *Vida de Diego Garcia de Paredes*. Así como el Cura leyó los dos titulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dijo: Falta nos hacen aquí ahora el Amade mi amigo y su Sobrina. No hacen, respondió el Barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son hereges, ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el Barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del gran Capitan, y dese Diego Garcia; que ántes dejaré quemar un hijo, que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo *Gran Capitan*, renombre famoso y claro, y dél solo merecido:

(1) Escribióle Bernardo de Vargas, y se intitula: *Los libros de Don Cirongilio de Tracia, hijo del noble rey Elesfron de Macedonia, segun le escribió Novarco en Griego, y Promusis en Latin. Sevilla 1545 fol.*

y este Diego Garcia de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella (1), y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimesmo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y de-apasionado, pusieran en su olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seicientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos, como si fueran mandas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia que fué tan valiente

(1) En la Crónica del Gran Capitan se refiere este caso de este modo: *Diego Garcia de Paredes tomó una espada de dos manos en el hombro.....y se metió por la puente del Garelano, que los franceses habian echado poco ántes; y peleando (contra ellos) empezó de hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Héctor y Julio César, Alejandro Magno, ni otros antiguos valerosos capitanes, pareciendo verdaderamente otro Oracio en su denuedo y animosidad. (Cap. CVI. f. 139 b.)*

y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el gran Capitan, y para ese Diego Garcia que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: Poco le falta á nuestro húesped para hacer la segunda parte de Don Quijote (1). Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó, ni mas ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan,

(1) Los oficios, que hacian las personas de las comedias, se decian partes ó papeles; y quiere decir Dorotea que en esta comedia ó fábula caballeresca en que Don Quijote hace la primera parte ó el papel de primer galan, merecia el ventero hacer la segunda parte ó el papel de galan segundo.

porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro, que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuantas son cinco, y á donde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota, y de trucos para entretener á algunos, que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar; así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destes libros: y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de Caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con

quien pueda remediallo; y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenga con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pie que cojea vuestro huésped Don Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de Caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que, si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle, y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el Cura le dijo: Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió nesta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decia: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el Cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leído, les ha contenido mucho, y me la han pedido con muchas

veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada, con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dijo el Cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miéntras los dos esto decían, habia tomado Cardenio la novela, y comenzando á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dijo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desa manera, dijo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo cual visto del Cura, y entendiendo que á todos daria gusto, y él le recibiria, dijo: Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

EN Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado relox que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia) de pedirla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta

de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda, suelen ser alegres, continuó Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho; y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro

gusto ni otra voluntad, que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiviza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace ni conierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres), se conierta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene: tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio: de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondria re-

medio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero, como aquí Lotario le pide? no lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solícitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto de ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inexcusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia.

Sucedió pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones: ¿Pensabas (1), amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres, como fueron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recibido, y sobre (2) todo al que me hizo en darme á tí por amigo, y á Camila por muger propia, dos

(1) Acaso: pensarás.

(2) Así (y bien) en las ediciones originales, esto es: *y supere, ó exceda*. En la impresion de Londres del año de 1738 se lee alterado todo este pasage, y convertido el

prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé de que dias (1) á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenían á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion, ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo: que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria pro-
verbo *sobre* en el adverbio *sobre todo*, cuya novedad se ha adoptado en otras ediciones posteriores.

(1) Esto es: no sé cuantos dias, ó de cuantos dias á esta parte.

meter dél ó ya consejos para entretenerellos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perteta, como yo pienso; y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas, y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una muger sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiéndola, en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? así que la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas, que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse r. querida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos: diré que me cupo en suerte la muger

fuerte, de quien el Sabio dice que *¿quién la hallará?* y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y muéveme entre otras cosas á fiar de tí esta árdua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer (1) por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte: así que, si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que, si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado: y viéndolo que no decia mas, despues que le estuvo mi-

(1) En el original del autor se diria acaso: *lo que no se ha de hacer.*

rando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo: No me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es lo que sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto: ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente;

porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo á quedar deshonorado, y por el mismo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: Páreceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe; sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: „Si „de dos partes iguales quitamos partes iguales, las „que quedan tambien son iguales:” y cuando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion: y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte á enten-

der tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo veas, dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿ó qué será mas despues de lo que es ahora? ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia: así que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de án-

geles en cuerpos humanos: las que se acomenten por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas de el deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros, pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque puesto que salgas con ella, como desees, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora, y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo: y para confirmacion desta verdad te quiero decir una estancia, que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de *Las lágrimas de San Pedro*, que dice así:

Crece el dolor, y crece la vergüenza
 En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
 Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
 De sí mismo, por ver que habia pecado:
 Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza,
 No solo ha de moverle el ser mirado,
 Que de sí se avergüenza cuando yerra,
 Si bien otro no ve que cielo y tierra (1).

Así que no no excusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon,

(1) Escribió Luis Tansilo, natural de Nola en el reino de Nápoles, este poema de: *Las lágrimas de San Pedro*, para reparar el mal ejemplo que ocasionó con otro, licencioso y obsceno, que consta de 160 octavas, intitulado el *Vendemmiatore*. Anduvo al principio no tan completo, como le tradujo despues en octavas castellanas Fr. Damian Alvarez, y dividido en XIII cantos le publicó en Nápoles año de 1613. Antes habia traducido parte de él el licenciado Gregorio Hernandez de Velasco, capellan del hospital de San Juan Bautista de Toledo, y célebre traductor de Virgilio, á instancias del maestro Alvar Gomez de Castro, como consta de las cartas latinas de entrambos, que se leen al principio de la traduccion, que por ser inedita, y para que se coteje con la de Cervántes, se pondrá aqui la octava siguiente:

*Creció el dolor de Pedro, y juntamente
 Creció la afrenta con la luz del dia;
 Y bien que allí no hay nadie que le afrente,
 El mesmo de sí mesmo se corria:
 Que un rostro noble sin tener presente
 Testigo de su error ó cobardía,
 Se tiñe de vergüenza cuando yerra,
 Aunque no le vea mas que cielo y tierra,*

(Biblioteca real: est. R. cod. 173).

como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reináldos: que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos é imitados (1): cuanto mas, que con lo que

(1) Alúdese aquí á la ficcion que refiere el Ariosto (poeta italiano, y por eso llamado *nuestro* por Lotario en el cant. 41 y 42 de su *Orlando*. Finge que un caballero convidó á comer á Reináldos, el cual mandó sacar a la mesa un vaso de oro, guarnecido de piedras y lleno de un vino generoso, diciendo que bebiendo de él sabria cualquier marido si su muger le era infiel, ó no; porque, si no lo era, beberia el marido sin que se le derramase una gota por el pecho; pero si lo era, se le verteria todo por él, sin entrarle una gota en el estómago. Reináldos sin embargo, considerando lo peligroso de la prueba y la ninguna necesidad de averiguar lo que le podria costar caro, no quiso beber del vaso, contentándose con la buena opinion que tenia de su muger. Entónces el huésped, derramando un rio de lágrimas, le contó como él se habia casado con la hija de un docto y rico anciano, honesta, hermosa y discreta, con quien vivió contento algunos años, hasta que una maga, llamada Melisa, con dañada y zizañera intencion le aconsejó que, para probar la virtud de su muger, la diese libertad y ocasiones de abusar de ella, fingiendo ausentarse, y que por la experiencia del vaso averiguaria despues si permanecia fiel. Disfrutadas estas ocasiones por la muger, fué el marido á beber del vaso, y en castigo de su curiosidad impertinente se le vertió todo el vino por el pecho abajo. Pudiera presumirse que de esta ficcion del Ariosto tomó acaso Cervántes el argumento de la novela de *El Curioso Impertinente*, tan apreciable por su artificio, estilo, pintura de los afectos del amor, de los zelos, de la fragilidad, de las astucias de algunas amas y criadas, y ejemplar no solo por el castigo que recibe Camila, sino porque enseña que solo se vence la pasion amo,

ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo poseedor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le vieses, y que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te vieses en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas (1) si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiría mas valor ni mas fama ¿y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perdía todo? sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cual quedarias sin ella, y con cuanta razon

rosa con huirla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas, como se dice arriba.

(1) Este lugar, que parece algo obscuro, quedaria mas claro, expresando la elipsis que se sobreentiende, así. ¿y seria mas justo, si lo pusieses por obra?

te podrias quejar de tí mesmo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya: mira que no hay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que, cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos, y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpie-

za de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque: hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasée ni mancée, basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parecen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la muger;

Pero no se ha de probar,

Si se puede, ó no, quebrar,

Porque todo podria ser.

Y es mas fácil el quebrarse,

Y no es cordura ponerse

A peligro de romperse

Lo que no puede soldarse:

Y en esta opinion estén

Todos, y en razon la fundo:

Que si hay Dánaes en el mundo,

Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien

que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonorada, te toca á tí como á cosa suya su misma deshonor: y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa, porque con justa razon es deshonorado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni

haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oírme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y así como Adán despertó y la miró, dijo: *Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.* Y Dios dijo: *Por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma:* y entónces fué instituido el divino sacramento del matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad: y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; porque así como el dolor del pié, ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonor de la muger, por ser una mesma cosa con ella: y como las honras y deshonoras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le que-

pa parte dellas, y sea tenido por deshonorado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores, que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto (1), porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonor y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: Con la atención que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y ansimesmo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse; asi que es menester usar de al-

[1] Así las primeras ediciones y las demas: si dijeren en este punto, parece estaria el sentido mas claro.

gun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle, para que no la siguiese: y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos

de Camila quedase Anselmo satisfecho: y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimesmo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado.

Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Re-

góle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia: dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efeto, él supo tan bien fingir la necesidad, ó necesidad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados: mirad si era razon que temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvía. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo. El cual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrían tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no

le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa, que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa, quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en ángel de luz, siendolo él de tinieblas; y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia, que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla: que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas

castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esa tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en valde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo: y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira, y para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo: Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes, y á lo mucho que de tí confio! ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has

dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria, si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y ménos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no léjos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. ¡Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo! ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion: buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y reco-

gimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira, que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad:
Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido,
Que, pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila, que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su mesma persona. Afligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese, que no estaba bien, que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haria, aunque contra su voluntad.

Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera quando se levantaban los manteles, y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y aun tenia orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que un corazon de carne: mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consi-

deracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla: hacíase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino: llamábase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad; y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habla puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en mas á Camila, la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion y lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aque-

lla misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPITULO XXXIV.

*Donde se prosigue la novela del Curioso Imper-
tinate.*

„**A** sí como suele decirse, que parece mal el ejér-
„cito sin su general, y el castillo sin su castella-
„no, digo yo que parece muy peor la muger ca-
„sada y moza sin su marido, cuando justísimas
„ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal
„sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir
„esta ausencia, que si presto no venis me habré
„de ir á entretener en casa de mis padres, aun-
„que deje sin guarda la vuestra, porque la que
„me dejastes, si es que quedó con tal título, creo
„que mira mas por su gusto, que por lo que á
„vos os toca: y pues sois discreto, no tengo mas
„que decir, ni aun es bien que mas os diga.”

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padres; porque en la quedada corria

peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo: en fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le pareció, que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura; porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En

efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que, aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba, y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió: ¿pero qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pié? ejemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que asi acaso y sin pensar, y no de propósito, la habia solicitado.

Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba: fuese luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida, ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable: en

resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger: vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas, como son dádivas ni promesas: conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori, porque él le daría á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su hones-

tividad se le debía: y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No sera menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos: y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de

las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitude desta Clori, que dice así.

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
 Ocupa el dulce sueño á los mortales,
 La pobre cuenta de mis ricos males
 Estoy al cielo y á mi Clori dando:
 Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
 Por las rosadas puertas orientales,
 Con suspiros y acentos desiguales
 Voy la antigua querella renovando:
 Y cuando el sol de su estrellado asiento
 Derechos rayos á la tierra envía,
 El llanto crece, y doblo los gemidos:
 Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
 Y siempre hallo en mi mortal porfia
 Al cielo sordo, á Clori sin oidos (1).

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila: ¡Luego todo aquello que los poetas enamorados

(1) Este soneto le repitió Cervantes en la comedia de *La Casa de los Zelos*, al principio de la jornada segunda.

dicen es verdad? En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia, los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, ménos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creído,
 Es mas cierto el morir, como es mas cierto
 Verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto,
 Antes que de adorarte arrepentido.
 Podré yo verme en la region de olvido,
 De vida, y gloria, y de favor desierto,
 Y Allí verse podrá en mi pecho abierto
 Como tu rostro hermoso está esculpido.
 Que esta reliquia guardo para el duro
 Trance, que me amenaza mi porfia,
 Que en tu mismo rigor se fortalece.
 ¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
 Por mar no usado, y peligrosa via,
 Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera

iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonor, pues cuando mas Lotario le deshonoraba, entónces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad: temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda: con este corre, y con aquel va despacio: á unos entibia y á otros abrasa: á unos hiere, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así, ¿de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de

haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea, que es la ocasion, de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios: todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas; y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado; pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion, de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no solo tiene las cuatro *SS* (1) que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un *A. B. C.* entero: si no, escúchame, y verás como te lo digo de coro. El es, segun yo veo y á mi me pa-

(1) Son estas:

Sabio, solo, solícito y secreto.

Redúíolas á este verso Luis de Baraona, que las explica en el cant. IV de las *Lágrimas de Angélica*.

rece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y las *ss* que dicen; y luego *tácito*, *verdadero*: la *x* no le cuadra porque es letra áspera: la *y* ya está dicha: la *z* *zelador* de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor, que ella decia; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad: de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su amo no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no habia de osar descubrirle: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles

sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que, aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quien era, pensó primero que debía de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse, y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdición de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entregará á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dijo: Sábeté, Anselmo, que ha muchos

dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida, y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimesmo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila) y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad, que se puede

temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podras ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oír, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonorado: maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable salida: al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola. Y ella, así como vió que le podia hablar, le dijo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es que no la pue-

do castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela: díjole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la cámara para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio; y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su

pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á quanto ella le dijese le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare; no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podrian ser tan buenos.

Con esto se fué Lotario; y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió, y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer notomia de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apénas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando dando un grande suspiro, dijo: ¡Ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que ántes que llegase é poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? pero no hagas tal, que no será razon que yo lle-

ve la pena de la agena culpa: primero quiero saber que es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonorá mia: ponte Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¡y qué es lo quieres hacer con esta daga? ¡quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama: mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida: mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa: y ya, señora, que le mates como yo pienso que quieres hacer, ¡qué hemos de hacer dél despues de muerto? ¡Qué, amiga? respondió Camila, dejáremosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia: llámale, acaba, que todo el tiempo que tardó en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la leal-

tad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decía se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolución, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: ¡Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche! acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como

aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero; pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡Válame Dios! ¡no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonestá y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo si acaso llegare á saberlo, de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño, que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese: ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo

creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dádivas, y las largas promesas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. ¿Mas para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traidores: aquí venganzas (1): entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere: limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél: y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo. Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconsertados y desafortados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo, cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas, y ya quisiera que faltara la prueba de venir Lotario, temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano. Y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que

(1) Así las primeras ediciones, y las demas; pero en el original se diria acaso: *venid aquí, venganzas.*

viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes: y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí: respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad. Y así respondió á Camila desta manera: No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero, porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tambien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por ménos prendas que las

tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo, como el amor, por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osás parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel, en quien tú te debieras mirar para que vieras con cuan poca ocasion le agravias? pero ya caigo, ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime, ¿cuando, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra, ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿cuándo tus amorosas palabras no fueron desechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas, ni admitidas? pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia; pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme, y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que, siendo conmigo tan in-

humana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio, que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones: torno á decir que la sospecha, que tengo que algún descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo quizá sería mas pública mi culpa; pero ántes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuera, la pena que da la justicia desinteresada y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad (1), que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: Pues la suerte no quiere satisfacer del

[1] En las ediciones originales se decia por yerro de imprenta *fealdad*.

todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga. Y haciendo fuerza para scltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la isylla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pediále asimesmo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. El respondió que dijessen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adon-

de gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo, y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela: consideraba cuan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia: pedia consejo á su doncella, si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo. La cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese sino á quitarle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dejar de ver. A lo que Leonela respondia que ella, ni

aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida; y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora, de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos: sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo, y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra, la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes de ella, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian: deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese. Y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria, cuán engañado estaba su amigo, y

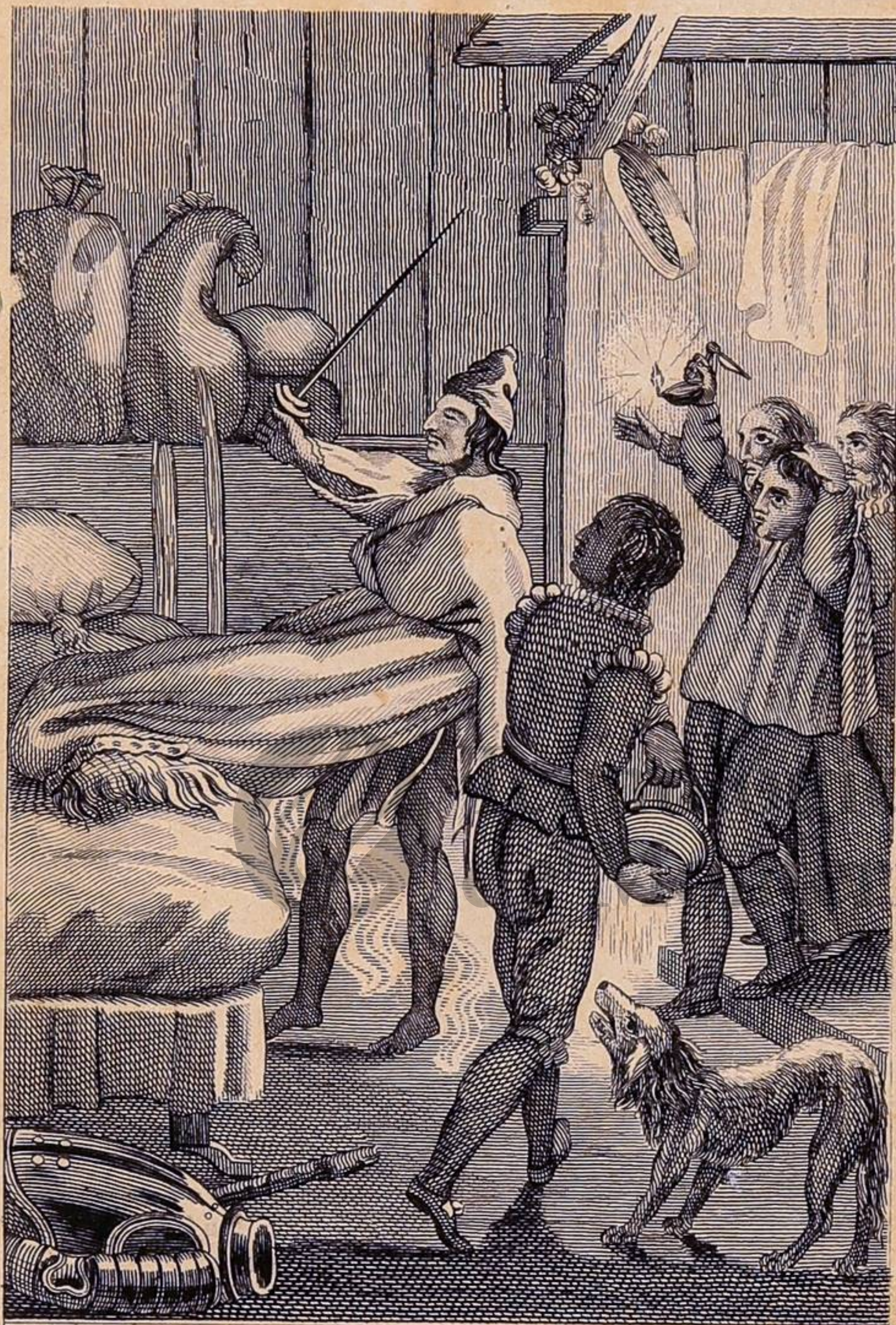
cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser la causa por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrísela á él, y que segun esto no habia de que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebía Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad, con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla, que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso Impertinente.

Poco mas quedaba por léer de la novela, cuando del camarachon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora, princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el Cura, dejando de léer lo que de la novela quedaba: ¿estais en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: Tente ladron, malandrín, folton, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote, ó don diablo, no ha dado alguna cuchillada.

Hada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre. Y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el mas extraño trage del mundo: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeariza Sancho, y él se sabia bien el por qué; y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante; y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el





Tecnológico
de Monterrey

PA
cuerpo de golpe.
da, mas no co
de la manera que
corta y sotilmen
vez en batalla
de Andaba Sa
que por todo
se fo yo se q
mano, que la
de ahora me b
porrazos, s
dille ver á
la cabeza que
la sangre con
Que sangre n
de sus santos
que n sangr
cuerpo que aq
que nada en e
el alma en lo
re nada, resp
ver tan desdi
ra se me ha
sal en el agu
que su san d
ses que a
desespera
libro del sei
que la ven po
que ahora v
ra cañón
tan hasta
se libian
Cura de las

cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamiento, que la otra vez en este mesmo lugar, donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento? que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó. No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado, como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flemma del escudero y el malféfico del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quijote, el cual cre-

yendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quitto de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, si no el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejéronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros; y la ventera decia en voz y en grito: En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo), y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aran-

celes de la caballería andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámelá vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derrámarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritónes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa, que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca (1). Sose-

(1) Antes que Lucio Apuleyo se convirtiera en asno, fué convidado á cenar por Birrena, su tia, en Hippata,

gados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Do-

ciudad de las mas famosas de Tesalia por la multitud de sus hechiceras; y al volverse á recoger á las tres de la noche á casa de Milon, su huésped, vió que tres hombres estaban desquiciando la puerta, pugnando por entrar: tiénelos por ladrones, y los mata á cuchilladas: préndenle al otro dia: llévanle al tribunal: colocan tambien en él los tres cadáveres, cubiertos con una sábana, como el cuerpo del delito: levántase un viejo y acusa públicamente al reo de homicidio: defiéndese este; pero entra de refresco una vieja, llorando amargamente, como madre que decía ser de aquellos tres difuntos: acúsale de nuevo, y para mover á los jueces á mayor indignacion contra el homicida, pide que se descubran los cadáveres: mandan los jueces que los descubra el reo por su mano, el cual levantando la sábana, queda atónito y espantado al ver que los muertos eran tres odres, cueros, ó pellejos para llevar vino, abiertos con diversas cuchilladas por las partes y lugares, por donde él habia herido á los ladrones la noche antecedente. Prorrumpen el auditorio en una risa universal, porque esta invencion se habia dispuesto en obsequio del dios de la risa, ó el dios Baco, cuyas fiestas celebraban aquellos gentiles anualmente. Desea saber Apuleyo el misterio de aquel encantamento, y se le revela una moza llamada Fótide, criada de Pánfila, una de las mayores magas de Tersalia y muger de Milon, diciendo: que en lugar de los cabellos rubios de un jóven de Beocia, que su ama pedia, la llevó los de tres cueros ó pellejos de macho de cabrio que vió trasquilar á un botero; y haciendo Pánfila sobre ellos un fuerte conjuro, en virtud de él se vivificaron los cueros, y echando á andar se encaminaron á casa de Milon, en busca de Pánfila su muger, y esforzándose por entrar llegó á la sazón Lucio Apuleyo, que pensando eran ladrones, les dió de cuchilladas. Por esta aventura, que se refiere por extenso en el *Lib. II y III del Asno de Oro*, se viene en conocimiento de que Cervántes parece la tuvo presente para su imitacion en la de la quimérica batalla de Don Quijote con los cueros de vino.

rotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo: que en ninguna manera tal hiciese, y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonor, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró adentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: Sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y qui-

so herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: No me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar: está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila, y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no; y aquella mesma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen

estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimesmo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dejado encerrada: abrió y entró en el aposento; pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sabanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido: volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado: preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia: acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió (1) sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y ansi como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no

(1) A ver.

halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola: no sabia qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco á poco se iba volviendo el juicio: contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion: resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura: cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apénas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anoche-
cia; y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: Las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el cual tampoco parece: todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo: en efeto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste seceso, porque no se podia esperar tal hecho de la muchacha y familiar amistad de los dos, que dicen

que era tanta, que los llamaban: *los dos amigos*. Sábase por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir: hizose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aunque le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero, y trabándole por la ma-

no, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto: admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones: „Un necio é impertinente deseo „me quitó la vida: si las nuevas de mi muerte „llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la „perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer „que ella los hiciese: y pues yo fuí el fabricante de mi deshonra, no hay para que. . . .” Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla, que enaqueltiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo: si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dijo: Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la muger que en el sillón venia; y

tomándola uno dellos en sus brazos la sentó en una silla, que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la muger en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba; el cual le respondió: Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. Y la señora ¿quién es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, por-

que no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá, porque no le debe de nacer de voluntad el mongío, va triste como parece. Todo podria ser, dijo el Cura, y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea: la cual, como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella, y le dijo: ¡Qué mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado (que dijo el mozo que los demas obedecian) y dijo á Dorotea: No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazón la que hasta allí habia estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo en tanta desventura, y desto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dijo: ¡Válgame Dios! ¿qué es

esto qué oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pié, y fuese á entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimesmo la tenia, era su esposo Don Fernando, y apenas le hubo conocido, cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas desmayada: y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos; la cual habia conocido en el suspiro

á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimesmo Cardenio el ay que dió Dorotea quando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salio del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda; hablando á Don Fernando desta manera: Dejadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais, dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que

Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quien ella era, y viendo que Don Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo, se levantó, y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir: Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol, que en tus brazos eclipsados tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea: yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amerosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído solos los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio: mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza, por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa

Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quíereme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonor: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tú tienes: en fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras, yo soy tu esposa, testigo son tus palabras, que no han, ni deben ser men-

*

tirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias (1): testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas, y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinnda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenían, el cual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinnda, dijo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinnda habia tenido, así como la dejó Don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinnda

(1) La nobleza que podia echar ménos en Dorotea.

y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á tí mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tie-

ne los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acrecienta tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Lusinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse, y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazón acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el Barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba: y que advirtiese, dijo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Lusinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables

era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas ó ninguna se podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja: y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo: y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: Levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego.

es, que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto, la tornó á abrazar, y juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecía sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan léjos

del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio, de lo cual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses, vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio: y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar, donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio

en el campo buen trecho fuera del pueblo: dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TODO esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecian, é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. To-

do lo ponía en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños, é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con melancólico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas. Y qué es lo que dices, loco, replicó Don Quijote, ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae

en ellos, le han de admirar. No me maravillaría de nada deso, replicó Don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dije yo, que todo cuanto aquí sucedía, eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuera lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo, que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien Dios lo remediará, dijo Don Quijote, dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quijote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimesmo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado. Dijo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lus-

cinda haria y representaria la persona de Dorotea. No, dijo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léjos de aquí el lugar de este buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo: Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha desecho, porque de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea,

porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y.... Quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá cuando ménos lo pensemos. Vístosos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera, y Don Quijote prosiguió diciendo: Digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamórfoseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas Don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese, la cual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: Quien quiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que ántes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hom-

bre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destes señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dijo: Ahora te digo Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora, que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto.... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene he-

cho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora princesa dice, que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servirlos y acompañaros, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su trage mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimesmo de lienzo azul, con bonete de la misma color: traía unos borceguies datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima

de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los piés le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura, que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dijo: No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa, que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á

la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dijo: Señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decime, señor, dijo Dorothea ¿esta señora es cristiana, ó mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escu-

chándole estaban, de saber quien fuese la mora y el captivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al captivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. El en lengua arábiga le dijo, que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscin-da, y Luscin-da por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron, que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó Don Fernando al captivo como se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: *No, no Zorayda: María, María*, dando á entender que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscin-da con mucho amor, diciéndole: *Sí, sí, María, María*: á lo cual respondió la Mora: *Sí, sí, María: Zorayda macange*, que quiere de-

cir, no. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda, ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras, el Cura y el Barbero: y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que

las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase, si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas le-

yes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijese: *Paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros, á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en

todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea, que si no calienta, á lo ménos entibie su frio, y en ñn la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII.

Que trata (1) del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.

PROSIGUIENDO Don Quijote, dijo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga que viene, ó tarde, ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale del lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas pa-

(1) Y en que se prosigue.

ra curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo, ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles officios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar, sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque

la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, y se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, váguido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, ó guarda en algun rebelin, ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con al-

guna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando, cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo, ó por

donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientss pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable, como es esta, en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo, pensar, si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierta de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preambulo dijo Don Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta (1) caballe-

(1) Este adjetivo viene del sustantivo latino *pix picis*, y significa propiamente cosa negra y atezada, como la pez: antiguamente se decia *peccemento peccementa*. En el sen-

ría. El Cura le dijo, que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritónes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zorayda, á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos, dijo, que no eran menester ruegos, á donde el mandar tenia tanto translaticio, en que se toma aquí, significa *cosa triste, funesta, fatal*. En él dijo tambien Gonzalo Berceo:

Amaneció el sabbado un pecemento dia.

(Poesías Castellanas por el señor Sanchez: tom. II, p. 427, cop. 162) Acaso aludió este poeta del siglo XIII á aquel dicho de Horacio:

.....*Hunc sine solem*
Tam nigrum surrexe mihi!

Esto es:

Es posible que haya amanecido este dia, ó este sol, tan negro ó tan pizmiento para mí! (Serm. lib. i. eccl. 9 v. 72.)

fuerza: y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gasta-lla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder

en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir, que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber, que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastra, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio, tal que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda cuatro partes, las tres os daré á vosotros á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria, que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de luenga y discreta experiencia, y el que yo di.

go dice: *Iglesia ó mar, ó casa real* (1), como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de rey, que merced de Señor*. Digo esto, porque querria y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora, si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho, que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos pera saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cu-

(1) Lope de Vega cita así este adagio: *Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia, y mar, y casa real*: (Doro-tea: act. i. scen. viii.) cuyo adagio no solo es mas extenso que el alegado por nuestro autor, sino mas exacto, porque la *Iglesia* solo comprende los premios y dignidades que se dan por la ciencia eclesiástica, pero la *ciencia* los que se merecen por ella, y por las demas ciencias: y así el oidor hermano de este cautivo, debia la toga á la Jurisprudencia.

piese. El menor y, á lo que yo creo, el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra quanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad, que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto, para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y mas tres mil, que, á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos, ó adversos. Prometimoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa, que cargaba allí lana para Génova.

Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, hálleme en la muerte de los condes de Eguemon, y de Hórnos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbina (1), y acabo de algun tiempo que llegué á Flándes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con Epaña contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por general desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo

(1) Hallóse despues Urbina en la batalla de Lepanto; mató quinientos turcos de la capitana de Alejandría y á su capitan, y tomó el estandarte real de Egipto, como dice el P. Fernando de Pecha (*Historia de Guadalajara.*) (Biblioteca Real: est. G. cod. 92 p. 77 b.)

lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba, aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia: y quiso mi buena suerte que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchâli, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos (1), acudió la capitana de Juan An-

(1) „Embistió el Ochâli á esta capitana con siete galeras suyas, y no pudo ser socorrida de las nuestras por

drea (1) á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir, que el Uchâli se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selin hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta (2). Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en

haberse salido adelante de la ordenanza ó puesto dellas por señalarse aquel dia: de los tres caballeros heridos el uno era fray Pedro Justiniano, prior de Mecina, y general de Malta, el otro un español, y el otro un siciliano: á estos hallaron vivos, enterrados entre los muchos muertos. (*Así Arroyo: Relacion de la Santa Liga: fol 67, y sig.*)

(1) „El Ochali ya llevaba atada á su popa la capitana Malta; pero la recuperó (*dice Bernardino Escalante*) el capitan Ojeda, abordándola en la galera Guzmanana de Nápoles, matando todos los turcos que della se habian apoderado, y la religion en recompensa deste servicio que la hizo, le da en cada un año cierto premio de por vida. (*Diálogo del arte militar:; p. 62.*)

(2) Esta fué la vez primera [*dice el referido Escalante*] que el Estandarte de esta valerosa religion cayó en manos de turcos. [*En el lugar citado.*]

Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca porque todos los Leventes (1) y Genízaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen (2). En efeto el Uchâli se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de

(1) El P. Haedo [*cap. 21 fol. 16 b.*] dice que se llaman comunmente *Levantes* ó *Leventes* los soldados de mar ó los soldados cosarios que van en las galeras de los moros.

(2) „Caminó Don Juan de Austria *segun dice Arroyo: f. 90*) toda la noche del dia 16 de septiembre de 1572, para amanecer sobre el puerto de Navarino, donde estaba toda la armada turquesca, como habian avisado los capitanes Luis de Acosta, y Pero Pardo de Villamarin; pero el Comitre real [*Añade Aguilera: f. 85 b.*] y los pilotos se engañaron en la anpolleta, y fueron á amanecer á una isla llamada Prodano, distante unas tres leguas de Navarino; y así tuvo tiempo el Ochâli para sacar del puerto la escuadra, y ponerla bajo el cañon de la fortaleza de Modou. *De suerte que la impericia náutica de sus enemigos le ayudó á ser nuestro verdugo.*”

aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitán Don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz: y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno, tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian (1). Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet cortando las esperanzas que de volver á reinar en él, tenia

(1) Marco Antonio Arroyo dice que murió este capitán, llamado Mahamet ó Hamet Bey, á manos de un su esclavo cristiano, y los demas lo hicieron pedazos á bocados. (Relacion de la armada de la Santa Liga: fol. 98, b.) Gerónimo Torres de Aguilera refiere que el bajel que se le tomó era hermosísimo, y que fué traído á Nápoles, y en memoria desto se le puso nombre: La Galera Presa. (Crónica de varios sucesos: fol. 88, b.) Estos dos autores se hallaron en la batalla de Lepanto, igualmente que Cervantes. El P. Haedo añade que este moro desapiadado azotaba á los cautivos que llevaba al remo, con un brazo que habia cortado á otro cautivo cristiano. (Historia de Argel: fol. 123).

Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo (1). Sintió mucho esta pérdida el gran turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que

(1) Muley Hamida y Muley Hamet, ó Mahamet, fueron hijos de Muley Hacan, rey de Túnez: Hamida hizo cegar á su padre abacilándole los ojos con una bacía de azófar ardiendo, y le despojó del reino: Hamet, huyendo de la crueldad de su hermano, se retiró á Sicilia, y vivia en Palermo. Los turcos por medio del Ochâli quitaron á Hamida el reino de Túnez, que se habia hecho fuerte en la goleta con esperanza de volver á reinar. Don Juan de Austria echó á los turcos de Túnez, y llamando á Hamet de Palermo, le hizo gobernador de aquel reino, y remitió al cruel Hamida á poder de Don Carlos de Aragon, duque de Sesa y de Terranova, virey de Sicilia. En la carta, donde dice que se le enviaba, hay esta posdata, toda de su puño: *Ponga V. S. mucho cuidado en regalar cuanto pueda á ese afligido rey, así con buenas palabras y consuelos, como con los efectos que posible le fuere; pues es justo por el estado en que está.* Despues fue conducido Hamida á la ciudad de Nápoles, donde un hijo suyo se convirtió á nuestra santa Fe, y siendo sus padrinos el mismo Don Juan de Austria y Doña Violante de Moscoso, se llamó Don Carlos de Austria, y de la pesadumbre de la conversion del hijo murió poco despues el padre. Del nuevo rey ó gobernador de Túnez, intitulado el Infante Muley, se conserva todavía una carta original, en que da noticia á Don Juan de Austria del estado en que habia encontrado aquella ciudad, y le pide socorros para mantenerla. Su fecha: *Túnez y octubre 30 de 1573.* La carta está escrita en castellano, pero la firma está en árabe, y es original del Infante: en nuestra lengua suena así: *Del siervo de V. Alteza el siervo Mahamet; esto es, carta escrita del siervo, ó por el siervo Mahamet, siervo de V. A.* A este nuevo gobierno se siguió no mucho despues la pérdida de la goleta y de la ciudad de Túnez que refiere Cervántes. (*Torres de Agui'era: pag. 105 y sig. Biblioteca real: est. G. cod. 45, f. 531 y 556.*)

mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor Don Juan (1). En todos estos trances andaba yo al remo sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la goleta y el fuerte. Perdióse primero la goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cua-

(1) Mandó este general levantar este fuerte capaz de 8000 soldados extramuros de la ciudad junto á la isla del Estaño, para tenerla sujeta, y poderle socorrer con barcas por el canal de dicho Estaño, y nombró por su general á Gabrio Cerbellon, insigne ingeniero que le construyó: construyóse contra las órdenes de Felipe II, que habia mandado demoler á Túnez; pero lisonjeado Don Juan de Austria con la esperanza de coronarse rey de Túnez, y adulado de sus secretarios Juan de Soto y Juan de Escobedo, se empeñó en conservar aquella ciudad. Esta fué acaso una de las causas porque Antonio Perez mandó despues matar á Escobedo por orden superior, segun lo confesó en el tormento; y esta lo fué tambien de sus desgracias, junto con la aversion de sus émulos, especialmente de Mateo Vazquez de Leca, canónigo de Sevilla, secretario asimismo de estado del rey Don Felipe II. (*Torres de Aguilera*: fol. 107. Don Lorenzo Vander Hammen: *Don Felipe el Prudente*: fol. 98 y 152).

les hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas que sobrepujaban las murallas de la Fuerza, y tirándoles á caballo ninguno podia parar, ni asistir á la defensa. Fué comun opinion, que no se habian de encerrar los nuestros en la goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida (1), y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ga-

(1) En efecto, el cardenal de Granvela, virey de Nápoles, y el duque de Sesa, virey de Sicilia, solicitados por Don Juan de Austria, no quisieron enviar socorros á la goleta, ni á Túnez, escusándose con que necesitaban todas sus tropas y galeras contra las empresas del Ucháli, y cuando el señor Don Juan pudo enviarios, no se lo permitieron las tormentas del mar. (*Aguilera: pag. 113*).

nado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse también el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de treientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado (1). Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, general de la goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo (2). Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que

(1) El Estaño no solo era una isla, sino que fué el antiguo puerto de Cartago. (*Ferreras*). Habia en él una torrecilla antigua, que amplió Gabrio Cerbellon, y redujo á la forma de fuerte con sus cortinas y baluartes, y se pusieron en él algunas piezas de artillería y hasta setenta soldados de guarnicion. De este fuerte era capitán Zanoguera, ó Sanoguera, y era el último que faltaba que rendir. Sinan Bajá, comandante del ejército de tierra, le envió á decir que se rindiese, y le daria libertad á é y á los que con él estaban. Hizolo así, y despues le concedió solamente la de cincuenta soldados. Reconvenido Sinan con su palabra, mostró indignado á Zanoguera la cabeza de Pagan Doria, dándole á entender que haria con él lo mismo, si no se contentaba. (*Aguilera*: f. 129 b).

(2) El mismo elogio hace de este general *Torres de*

se llamaba Gabrio Cerbellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado (1). Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á manos de unos Alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa, que en aquellas riberas tienen los ginoveses, que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales Alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el *Aguilera*, que fué tambien uno de de los soldados que cautivaron los turcos en la goleta (fol. 120 y sig.) y le defiende de los que le notaron de impericia militar; y con la maledicencia de estos se conformó el autor de un pasquin, que se esparció entónces sobre la pérdida de la goleta, compuesto de palabras de la Sagrada Escritura, abusando de ellas, y en que entra Don Pedro, en cuya boca se pone aquel lugar de ella: *Ego sicut equus, &c.* (Biblioteca real: est. CC. cod. 42, f. 215).

(1) Fué general de la artillería de la armada y ejército de Felipe II, caballero del hábito de San Juan, prior de Ungria. No solo fué cautivado, sino tratado ignominiosamente por Sinan Bajá, que le dió un bofeton no obstante sus venerables canas, y le llevó á pié desde Túnez hasta la marina de la goleta delante de su caballo. Consiguió sin embargo la libertad por el trueque ó cange con él y otros principales españoles é italianos, presos en la goleta y en el fuerte de Túnez, y otros principales turcos, que se hallaban en Roma, cautivados en la de Lepanto. (*Hacedo: Historia de Argel: f. 77*).

traidor se aborrece: y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de que lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron: y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la goleta y el otro al fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga, qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnauta (1) con un griego espía (2), y no sé si vino en libertad,

(1) El natural de Albania. *En este tiempo* (dice Haedo: *Historia de Argel*: f. 84 b.) *se hallaba en Argel el renegado Morato Ræz, arnauta de nacion, que nosotros llamábamos Albanes.*

(2) Pudo ser *espía* este griego, como se leía en todas las ediciones; pero parece mas cierto que fuese *espay*. Eran los *espays* un género de soldados, al modo de nuestros milicianos, que estando en su casa gozaban de paga muerta, ocupábanse en defender la ciudad, y solo salían á

puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la goleta decia así.

campana en ciertas ocasiones. (*Haedo: Topografía de Argel: f. 11*). Hablando Don Lorenzo Vander Hammen de Muley Moluc, rey destronado de Marruecos, dice: *Se hizo.....con solo seis mil turcos tiradores, mil azuagos del Cuco, echocientos espays á caballo, doce piezas de artillería.* (Don Felipe el Prudente: f. 81). Acaso anteponiéndole la *i* á la *a*, de un *espay* se formó por yerro de imprenta una *espía*.

CAPITULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

ALMAS dichosas, que del mortal velo
 Libres y exentas por el bien que obrastes,
 Desde la baja tierra os levantastes
 A lo mas alto y lo mejor del cielo.

Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
 De los cuerpos la fuerza ejercitastes,

Que en propia y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.

Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:

Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

De esa mesma manera le sé yo, dijo el cautivo.
Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada.

Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:

Mas no mas justas, de su duro seno,
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le die.

ron, y prosiguiendo su cuento, dijo: Rendidos pues la goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchâli, al cual llamaban *Uchâli Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linages, que descenden de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del gran señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del gran turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los

cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el gran señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados: y yo ocupé á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchâli (1), y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser muy rico, y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon, ni ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios

(1) Uchâli, ú Ochâli, es corrupcion de Aluch Ali, que quiere decir el nuevo moro, ó el renegado Ali. Fué natural de Licasteli en Calabria: hecho turco se halló el año de 1569, en la derrota de los gelves, donde fueron cautivados mas de diez mil españoles, entre ellos Don Alvaro de Sande, Don Gaston de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, Don Sancho de Leiva: siendo rey de Argel el de 1568, dió auxilio y ayuda á los moriscos en la guerra de Granada: nombrado de resultas de la batalla de Lepanto, el de 1571, general de la armada del Turco, se halló el año siguiente en Navarino, cuando estuvo para caer en manos de Don Juan de Austria: murió de veneno despues del año de 1580: tenia toda la cabeza pelada de la tiña: era alto de cuerpo, robusto, moreno, y ronco de voz, que si no es de cerca, no se le podia entender bien: acostumbraba á vestirse de negro el dia que se hallaba de mal humor, y no queria que le hablasen de negocios. (Haedo: Historia de Argel: f. 89, b).

de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa, que los turcos llaman baño (1),

(1) Los baños de los cautivos cristianos son unos como corrales grandes con algunos aposentillos y chozas al derredor, y en estos baños encierran de noche los moros á los cautivos que andan sueltos; que los presos están en las mazmorras, atormentados en diferentes géneros de prisiones." „Así se dice en un manuscrito del siglo pasado. (*Biblioteca Real: est. H. cod. 89 p. 375 b.*) En otra relacion impresa el año de 1639, y escrita por un cautivo rescatado, que da noticia de cómo se vivia en Argel, se refiere que en estos baños habia cuatro iglesias, donde decian misa todos los dias doce sacerdotes, se celebraban los officios divinos con decencia, se predicaba, se hacian procesiones, habia siete cofradías con sus mayordomos, y la cera, ornamentos y demas gastos se costeaban de las limosnas que se recogian entre los cautivos. Entreteníanse estos tambien con varios juegos, y representaban comedias, especialmente en la noche de Navidad, como dice el mismo Cervántes en la de *Los baños de Argel* (p. 78), donde finge que se recitó un *Coloquio Pastoril* de Lope de Rueda, del cual traslada un fragmento en verso muy apreciable y raro, porque las comedias que se conservan de Rueda son en prosa. Lope de Vega habla asimismo (*Los cautivos de Argel: P. XXV. p. 277*) de las comedias que se hacian en los baños, y de los romances que se cantaban en ellos. ¿Quién sabe si Cervántes compuso en su cautiverio una á lo ménos de las dos que andan impresas sobre el trato que se daba en Argel á los esclavos, y algunos de los romances *infinitos*, de que hace mencion en el cap. IV del *Viage del parnaso*. En la comedia de la *Gran sultana Doña Catalina de Oviedo*, natural de Málaga, que siendo niña fué cautivada por Mo

donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacén, que es como decir, cautivos del consejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del común, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. También los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahínco, les hacen trabajar, y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aproveché nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados rato Arraez por los años de 1600, y presentada al Gran Turco, supone que en el Serrallo se cantó un romance y se hizo un baile cantado, de los que tanto se usaban en los teatros con el nombre de jácaras bailadas, inventados por Alonso Martínez [*Comedias*: fól. 130.]. Y Lope de Vega añade en *La Circe* (fól. 116. b.) que en el mismo Serrallo se representó por los cautivos y por algunos moriscos de los expulsos de España la comedia intitulada: *La Fuerza Lastimosa*.

y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oír y ver á cada paso las jamas vistas, ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al uno, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano (1). Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entre teneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia (2). Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de

(1) Este amo del cautivo era veneciano, y se llamaba Andreta: fue cautivado siendo tagarote ó pendolista del escribano de una nave Ragusea, y hecho turco se llamó Asan Agá, ó Asan Baja. Siendo su amo el Uchâli, rey de Argel, fué su elamir ó tesorero; y habiendo sido él mismo dos veces rey de Argel, y una de Tripol, fué nombrado en Constantinopla por general de la mar. Murió envenenado por Cigala, envidioso de su cargo, en que sucedió con efecto. *Haedo*: (Historia de Argel: fól. 89 b.)

(2) El Saavedra, aquí mencionado, es el mismo Miguel de Cervantes, que solo en este lugar habla de sí ex.

la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos y ví, que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte,

presamente, pues el héroe de esta novela del cautivo es el capitan Biedma, como se declara mas adelante, bien que los dos padecieron juntos el cautiverio bajo la tiranía de Asan Agá. Y en confirmacion de las trazas y atentados que intentó Cervántes en Argel para conseguir su libertad, dice el P. Haedo: „De las cosas que en aquella cueva sucedieron en el discurso de los siete meses, que estos cristianos estuvieron en ella, y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervántes, se pudiera hacer una particular historia” (Topografía de Argel: fol. 184) y á esta puede ser que aludiese aquí nuestro autor.

y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez cianis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar, de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana y ví, que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos, hecimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos

muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procuramos con toda solícitud saber, quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa, sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos, de que por allí habian de llover mas cianis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hecimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles, y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hecimos todas nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natu-

ral de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen, que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en curso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquél primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería, á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y

construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendía: díjome que muy bien, y que si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Virgen María*. Leimos el papel, y decia así:

„Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava (1), la cual en mi lengua me mostró la Zala cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela

(1) Llamábase Juana de Rentería. Dícelo el mismo Cervántes en la comedia de *Los Baños de Argel*, en que se repite este mismo caso de la mora Zorayda. Pregunta el cautivo Don Lope al renegado Hazen:

*¿Está acaso alguna esclava,
Ya renegada, ó cristiana,
En esta casa? Hazen. Una estaba
Años ha, llamada Juana:
Sí, sí, Juana se llama,
Y el sobrenombre tenia
Creo que de Rentería.*

*D. Lope. ¿Qué se hizo? Hazen. Ya murió,
Y á aquesta mora crió,
Que denantes os decia.
Ella fué una gran matrona,
Archivo de cristiandad,
De las cautivas corona:
No quedó en esta ciudad
Otra tan buena persona, &c.*

(Jornada primera).

„Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué
 „al fuego, sino con Alá, porque despues la ví
 „dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de
 „cristianos á ver á Lela Márien, que me queria
 „mucho. No sé yo como vaya: muchos cristianos
 „hè visto por esta ventana, y ninguno me ha pa-
 „recido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa
 „y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar
 „connmigo: mira tú, si puedes hacer, como nos
 „vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si
 „no quisieres, no se me dará nada, que Lela Má-
 „rien me dará con quien me case. Yo escribí es-
 „to, mira á quien lo das á leer, no te fies de nin-
 „gun moro, porque son todos marfuces (1). Des-
 „to tengo mucha pena, que quisiera que no te
 „descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sa-
 „be, me echará luego en un pozo y me cubrirá de
 „piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la
 „respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo,
 „dímelo por señas, que Lela (2) Márien hará que

(1) Astutos, arteros, engañadores. El arcipreste de Hi-
 ta llamó á Fernand Garcia: *traidor, falso, marfus*; y á la
 raposa por sus astucias: *Doña Marfusa*. (Sanchez: *Poe-
 sías antiguas castellanas*: tom. IV, copl. 109 y 322.)

(2) Fr. Pedro de Alcalá (*Arte para saber la lengua
 arábigo*: en los nombres que empiezan por *do*) dice que
Lél-la es un pronombre, que en castellano equivale á *Do-
 ña*. Doña viene de *domina*: de *domina* se dice *domna*, y de
 aquí *doña*: con que *Lél-la Márien*, quiere decir: *María
 señora*, ó la *señora María*. Antes que la esclava diese noti-
 cia á Zorayda de María Santísima, es de presumir la tu-
 viera ya ella; porque en el capítulo, division, ó *sura* 19 del
 Alcoran se trata en todo él de María y de Jesus. Confié-
 sasele á la Madre su virginidad, y al Hijo su concepcion so-
 brenatural: tribútanseles otras muchas alabanzas, aunque
 mezcladas con los absurdos y delirios, en que abunda aquel

„te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz
„que yo beso muchas veces, que así me lo mandó
„la cautiva.”

Mirad, señores, si era razon, que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen: y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió, que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia, y casi adivinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse éi en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su Madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuida-

inmundo código. (Véase el *Alcoran* traducido al latin, é impugnado ó refutado por el P. Hipólito Marracci, clérigo erudito de la Madre de Dios: tom. I, pag. 428,

do de informarse quien en ella vivia. Acordamos ansimesmo que seria bien responder al billete de la mora, y como teniamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto lo que á la mora se le respondió fué esto:

„El verdadero Alá te guarde, señora mia, y
„aquella bendita Márien, que es la verdadera Ma-
„dre de Dios, y es la que te ha puesto en cora-
„zon, que te vayas á tierra de cristianos, porque
„te quiere bien. Ruégale tú, que se sirva de darte
„á entender, cómo podrás poner por obra lo que
„te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De
„mi parte, y de la de todos estos cristianos que
„están conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo
„lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de es-
„cribirme y avisarme lo que pensares hacer, que
„yo te responderé siempre: que el grande Alá
„nos ha dado un cristiano cautivo que sabe ha-
„blar y escribir tu lengua tan bien como lo verás
„por este papel. Así que, sin tener miedo, nos
„puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que
„dices, que si fueres á tierra de cristianos, que
„has de ser mi muger, yo te la prometo como
„buen cristiano, y sabe que los cristianos cum-
„plen lo que prometen mejor que los moros. Alá
„y Márien su Madre sean en tu guarda, seño-
„ra mia.”

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias

á que estuviese el baño solo como solía, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecía, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podía ver, quien la ponía, mostré el papel como dando á entender, que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejaronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo, que habia sabido, que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo, que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué orden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entónces, que esperásemos al aviso segundo de Zorayda, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el

renegado, que no tuviésemos pena, que él perdería la vida, ó nos pondría en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclínose á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

„Yo no sé, mi señor, como dar orden que nos
„vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho,
„aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá
„hacer es, que yo os daré por esta ventana mu-
„chísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos
„y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cris-
„tianos, y compre allá una barca, y vuelva por los
„demas, y á mí me hallará en el jardin de mi pa-
„dre, que está á la puerta de Babazon junto á
„la marina, donde tengo de estar todo este vera-
„no con mi padre y con mis criados: de allí de
„noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme
„á la barca. Y mira que has de ser mi marido,
„porque si no, yo pediré á Márien que te casti-
„gue. Si no te fias de nadie que vaya por la bar-
„ca, rescátate tú, y ve, que yo sé que volverás
„mejor que otro, pues eres caballero y cristia-
„no. Procura saber el jardin, y cuando te pasées
„por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré
„mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.”

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser

el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria, que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado, cuan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas, que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno com-

pre, ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todas las nuestras: y así determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zorayda, diciéndole que hariamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia, que el primer Juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto, que no lo echaria ménos, cuanto mas; que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al

renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey, que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zorayda se había de ir al jardín, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome, que si me rescatase supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues había dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podía asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

CAPITULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar que se llamaba Sargel (1), que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares* (2): y en el reino de

(1) *En otro tiempo fué ciudad muy principal* (dice el P. Haedo) *y estando los años pasados despoblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragon se han pasado á Berbería, viendo su fertilidad y hermosura de campo, lo han poblado de manera, que habia como mil casas de ellos.* (Historia de Argel: fol. 155).

(2) *Llamábanse tambien mudéjares ó mudájares aun en España los del reino de Murcia, y especialmente los del valle de Ricote, que por estar muy emparentados y unidos con los cristianos viejos, fueron exceptuados en los primeros bandos de la expulsion; pero fueron comprendidos finalmente en el de 19 de octubre de 1613. Salieron de las villas, de que consta este valle, y de otras trece mas, 200.500 moriscos, exceptuados los viejos, enfermos, niños, y niñas de ocho años, y algunos que se metieron legos, y siendo casados, sus mugeres religiosas, tambien legas.* (Prodicion y destierro de los moriscos: por Fr. Marcos de Guadalajara: fol. 56 y siguientes.)

Fez llamar á los mudéjares, *elches*, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dijo, y decille, que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido, ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo euan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como, y adonde queria, y que el tagarino su compañero, no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce

españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijessen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de cristianos podia volver: y así determiné de ir al jardin, y ver si podia hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré, fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de language me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute Ma-

mí (1), y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ó no, y que cuanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dio nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que asi se llaman las manillas, ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es, adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay mas

(1) Este cosario fué el que cautivó á Cervántes, y era (dice el P. Haedo) *tan cruel bestia, que tenia su casa y bajéles llenos de orejas y narices cortadas á pobres cautivos cristianos por ligerísimas causas.* (Topografía, ó Historia de Argel: fol. 122.)

perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar, qual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaut Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó ¿si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba? Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltamis: á lo cual ella respondió: En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos, siempre mentis en euantode.

cis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¡Y cuando te vas? dijo Zorayda. Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¡No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¡Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¡Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zorayda. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: Guala (1), cristiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre

(1) Palabra morisca, que consta de la partícula *gue*, en castellano *y*, y del nombre *Alá*, Dios, que junta con ella es una fórmula de juramento, que entre los moros equivale al de *Por Dios* entre los cristianos.

de Zorayda como mas ladino (1), que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre á Zorayda: Hija, retírate á la casa y enciértrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buena hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado: pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¡Amexí, cristiano, amexí?* que quiere decir: *¡vaste, cristiano, vaste?* Yo la respondí: Señora sí, pero no en ninguna manera sintí: el primero Juma (2) me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un

(1) Esto es, que hablaba castellano.

(2) El dia viérnes, como ya dijo el autor.

brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimesmo di á entender, que la sostenía contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo á donde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimé á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir, *amexí*, cristiano, *amexí*, (1): vete, cristiano, vete. A lo

(1) Dos veces se dice tambien arriba *amexí* en todas las ediciones, y en ambas da á entender nuestro autor que esta voz es una misma, pues dice que Zorayda la *volvió á decir*; pero es distinta: y así la primera vez debe escribirse *tamexi*, que es segunda persona del presente de indicativo, que significa *tú te vas, ó vate?* y la segunda, ó en este lugar, debe escribirse *amexí*, que significa *vete*, por ser segunda persona de imperativo. (Así lo dice Fr. Pedro de Alcalá en su *Vocabulista*, ó *Arte para saber la lengua arábica*: art. 1.) Aunque deba suponerse que Cervántes supiese algo el árabe, no hay que extrañar que no alcanzase estas distinciones, o acaso en su original

que su padre respondió: No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto, porque tú, ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de quanto habia

estaba escrito *tamezí*; pero como el palo de las tees que hacia no sobresalia por encima del que atraviesa, estaria la *t* como incorporada con la caja de la *á*, y el impresor Juan de la Cuesta confundió las dos letras: mayormente no siendo este de los mas perspicaces lectores, pues en la portada de la primera impresion de la Parte I de esta historia, en lugar de *conde de Benalcázar* leyó é imprimió *conde de Barcelona*.

pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el órden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor, ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los moros tagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos, que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmien-

do. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, sino quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedaron espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellissima Zorayda aguardándonos á una ventana, á así como sintió gente, preguntó con voz baja, si éramos *Nizarani*, como si dijera, ó preguntara, si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin res-

ponderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mesmo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca ¿si estaba su padre en el jardin? Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo veréis. Y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese: la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desafortadas voces, comenzó á decir en arábigo: Cristianos, cristianos, ladrones, ladrones, por los

cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolución los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando euan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. El como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la bar.

ca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado, que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaría en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí, que era muy contento, pero él respondió, que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podría hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos, y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel, y asimismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mer-

cáncía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumiamos, de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos (1), mas que tomariamos bajel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dijeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les da-

(1) Esto es, seriamos cautivados.

rian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zorayda, el cual respondió: Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interesese que se os puede seguir de dármela, el cual interesese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¡Qué es esto, hija, que ayer al anocheecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te ví con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos

lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quiero que sepas, que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Así es, respondió Zorayda. ¿Qué en efeto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zorayda: La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte, ni hacerte mal sino hacerme á mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo. Apenas hubo oido esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zo-

rayda, que le sacasen, y así acudimos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala muger cristiana*, y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir, *muger mala, y Rumia, cristiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese, para que felicemente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su pa-

dre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejarlos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¡Por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¡pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: O infame moza, y mal aconsejada muchacha, ¡adonde vas ciega y desatinada en poder destes perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, con-

fundiese y acabase: y cuando por habernos hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino: Plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veiamos: y así consolando yo á Zorayda, atendimos todos á nuestro viage, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que es-

tando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimesino hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: Ninguno responde, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegáramos. Amaynaron entónces, y echando el esqui-fe, ó barea á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se

hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zorayda le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia, de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la cual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el capitán, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela, de donde habia salido, y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo lo necesario para la corta navegacion que

nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista todas nuestras pesadumbres y pobreza se nos olvidaron de tolo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el capitan movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así asegurariamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anohecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el

sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose así, y poco ántes de la media noche seria, cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della: pero lo que á mí mas me fatigaba, era el ver ir á pié á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debiamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña es-

quila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion, si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zorayda, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gilecuelco, ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino, que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre

cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó, si éramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor habia apellidado al arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veniamos, y quien éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir mas palabra: Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprendo, que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habiamos dejado, otros nos subieron á las ancas, y Zorayda fué en las del

caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros, pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entónces me engañaba, osara decir, que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo ménos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zorayda, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo: pero al renegado, Zorayda y á mí, nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se

fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia: los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zorayda y yo, con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zorayda, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver, si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace, no saber, si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir, que quisiera habérosla contando mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua (1).

(1) Este caso se repite, como queda insinnado, en la comedia de *Los Baños Argel*: y Lope de Vega le intro-

duce tambien en sus *Cautivos de Argel*. Cervántes le cuenta como verdadero, y así lo expresa tambien al fin de *Los Baños* por estas palabras:

*Dura en Argel este cuento
De amor y dulce memoria, &c.
Y aun hoy se hallarán en él
La ventana y el jardin.*

Y no fué este suceso singular. El P. Sepúlveda el Tuerto, que escribia en el Escorial lo que pasaba en su tiempo, cuenta que el año de 1595 se vino á España una señora alemana, muger del Bey, ó sultana de Argel, cautivada desde niña, valiéndose de un religioso mercenario, que era uno de sus cautivos. Envióle con cartas para Felipe II, y la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, en que comunicaba sus intentos. Entregadas estas, volvióse el religioso á Argel. Pidió ella permiso al Bey para pasar unos dias en un jardin ó casa de recreacion, que tenia fuera de la ciudad hácia la marina. Hacíanse ahumadas para que se entendiese donde se hallaba, segun se habia concertado. Mandó S. M. al marques de Denia, virey de Valencia entónces, y despues duque de Lerma y valido de Felipe III, que enviase una barca á Argel. Y la sultana (dice el P. Sepúlveda), con lo mejor y mas rico que tenia, y las mejores joyas entró en ella, y metió veinte personas que con ella estaban, y danse luego á la vela. Una mora de aquellas que se embarcaron con ella, como vió que la barca venia para España, empezó á dar voces que las ponía en el cielo: fué forzoso el matarla. Luego á las voces se alteró la tierra: salieron mil bajeles tras la barca; pero traian buen rato de delantera, y ansí no permitió Dios que la alcanzasen: llegó finalmente la sultana á Valencia, y fué muy ágasajada de la ciudad y del virey, que la paseó en su coche por toda ella. Vino a la corte, fué bien admitida del rey y demas personas reales, y dejando á su eleccion el pueblo donde quisiese vivir, escogió á Valencia, donde pasaba la vida con una pension que la señaló S. M. (Biblioteca real: est. H. cod. 160, tom. II, pag. 14).

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Nicolas T. Rosque.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO.

	PAGS.
C AP. XX. <i>De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.....</i>	5
C AP. XXI. <i>Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.....</i>	25
C AP. XXII. <i>De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir....</i>	43
C AP. XXIII. <i>De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.....</i>	57
C AP. XXIV. <i>Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.....</i>	74
C AP. XXV. <i>Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.</i>	86
C AP. XXVI. <i>Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.....</i>	100
C AP. XXVII. <i>De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras co-</i>	

<i>sas dignas de que se cuenten en esta gran-</i>	
<i>de historia.....</i>	122
CAP. XXVIII. <i>Que trata de la nueva y</i>	
<i>agradable aventura que al Cura y Barbero</i>	
<i>sucedió en la misma Sierra.....</i>	145
CAP. XXIX. <i>Que trata del gracioso arti-</i>	
<i>ficio y orden, que se tuvo en sacar á nues-</i>	
<i>tro enamorado caballero de la asperísima</i>	
<i>penitencia en que se habia puesto.....</i>	165
CAP. XXX. <i>Que trata de la discrecion de</i>	
<i>la hermosa Dorotea, con otras cosas de mu-</i>	
<i>cho gusto y pasatiempo.....</i>	182
CAP. XXXI. <i>De los sabrosos razonamien-</i>	
<i>tos que pasaron entre Don Quijote y San-</i>	
<i>cho Panza su escudero, con otros sucesos.</i>	196
CAP. XXXII. <i>Que trata de lo que suce-</i>	
<i>dió en la venta á toda la cuadrilla de Don</i>	
<i>Quijote.....</i>	209
CAP. XXXIII. <i>Donde se cuenta la novela</i>	
<i>del Curioso Impertinente.....</i>	219
CAP. XXXIV. <i>Donde se prosigue la no-</i>	
<i>vela del Curioso Impertinente.....</i>	247
CAP. XXXV. <i>Que trata de la brava y des-</i>	
<i>comunal batalla, que Don Quijote tuvo con</i>	
<i>unos cueros de vino tinto, y se da fin á la</i>	
<i>novela del Curioso Impertinente.....</i>	273
CAP. XXXVI. <i>Que trata de otros raros su-</i>	
<i>cesos que en la venta sucedieron.....</i>	285
CAP. XXXVII. <i>Donde se prosigue la his-</i>	
<i>toria de la famosa infanta Micomicona, con</i>	
<i>otras graciosas aventuras.....</i>	298
CAP. XXXVIII. <i>Que trata del curioso dis-</i>	
<i>curso que hizo Don Quijote de las armas y</i>	
<i>las letras.....</i>	312

CAP. XXXIX. *Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos*..... 318

CAP. XL. *Donde se prosigue la historia del cautivo*..... 333

CAP. XLI. *Donde todavía prosigue el cautivo su suceso*..... 353



Tecnológico
de Monterrey



Tecnológico
de Monterrey

Patrimonio Cultural



30002007657166

<http://biblioteca.mty.itesm.mx>



Tecnológico
de Monterrey



Tecnológico
de Monterrey



DO
QUIJO

2

863.3
C4197
20
1833
v.2

Colección
Carlos Prieto





Tecnológico
de Monterrey



Tecnológico
de Monterrey